

—Pues ocho ó diez años.

—¡Ave María! ¡qué atrocidad!

—Como quieren ustedes verlo todo.

—¡Hombre! no sea V. material, verlo todo es ver lo más notable.

—Allí todo es notable, desde M. Carnot abajo.

—Nosotras estaremos veinte días, ó, todo lo más, un mes.

—Pues no verán ustedes más que un barullo inmenso.

—Mire V., á la Exposición iremos un día ó dos.

—Usted sin duda cree que la Exposición es una cosa así como el Bazar de la Unión. Para verla bien y enterarse de todo necesitan ustedes visitarla diariamente un par de meses.

—Dígame V., y esa torre que han hecho tan alta, ¿para qué sirve?...

—A ustedes para nada.

—Ya hemos leído la descripción, y pensamos subir, pero no en el ascensor, que nos da mucho miedo.

—Mire usted que si se rompe.....

—Hemos pensado subir, pero por la escalera, que siempre ofrecerá más seguridad.

—Pero ninguna comodidad.

—Sí, señor, porque un día subiremos hasta el primer piso nada más; otro subiremos hasta el segundo desde el primero, y otro desde el segundo al tercero. ¿Qué le parece á usted?

—No me parece mal, si hallan ustedes modo de no

subir al primero el día que suban al segundo, ni al primero y el segundo cuando suban al tercero.

—¡Jesús! ¡qué tonterías dices, mamá!

—¡Vaya, lo mejor será no subir!—observó Tula.— Aquello debe producir un mareo irresistible.

—Y puede caerse la torre—añadió la madre.— ¿Quién le dice á usted que no hay un temblor de tierra y la torre se viene abajo?

—Y el mundo entero parece que dará el gran golpe un día ú otro. Lo malo será que ya no estarán ustedes ese día en el mundo, ni yo tampoco.

—Hablemos formalmente. Usted habrá visto si allí van las señoras vestidas.

—Sí, señora, por lo regular van vestidas las señoras, á lo menos por la calle.

—Eso decimos nosotras—observó la menor de las niñas—que siendo París el centro de la moda, tenemos que llevar mucha y buena ropa. Ya tenemos llenos ocho mundos.

—¡Ocho mundos!..... Pues si sabe M. Flammarion que van ustedes con ocho mundos, de fijo tendrá empeño en llevarlas á su casa.

—¿Y quién es ese señor?

—Un célebre autor que es una especialidad en eso de descubrir mundos.

—Si no habla usted con formalidad no le preguntaremos.

—Pues, hijas mías, hablando con formalidad, debo manifestar á ustedes que para evitar contrariedades,

pérdida de tiempo y gastos inútiles, harán ustedes muy bien llevando cada una un par de vestiditos modestos, lisos, sencillos, de un medio color que no sea manchadizo, sin dobles faldas, sin ninguna clase de adornos y arrumacos, y así podrán ir á todas partes luciendo su natural elegancia y gallardía.

—Muchas gracias por el consejo. Quiere usted que parezcamos de esas inglesotas ó americanas deslabazadas que con un vestido gris dan la vuelta al mundo. ¡Qué adefesios!

—Nada, nada, no sigan ustedes mi consejo, que es bueno, y lleven allá todo su vestuario, todas sus joyas y todos sus perifollos. Viajar así cuesta mucho más dinero, pero en cambio no ofrece ninguna ventaja.

—De eso no entienden ustedes los hombres. También Gumersindo murmura porque llevamos exceso de equipaje, y no le hacemos caso.

—Pues pregunten ustedes otra cosa.

—En París, por supuesto, se hablará español, ¿verdad?

—Sí, señora, no está prohibido.

—Quiero decir que en las tiendas habrá avisos, como los hay aquí respecto del francés y del inglés, de que se habla español.

—Sí, señora, pero en algunas suelen no entenderlo el dueño ni sus dependientes, á pesar del aviso de que se habla español.

—En ese caso el aviso es un engaño.

—No, señora, quiere decir que allí habla español todo el que lo sabe.

—¡Qué gracia! Por suerte Tulita sabe francés, y dice que lo puede entender si le hablan muy despacito.

—En ese caso tienen ustedes resuelta la cuestión, pero no estará demás que D. Gumersindo contrate un intérprete. Por catorce ó quince francos cada día acompañará á ustedes á todas partes, pagándole también la entrada en todos los sitios donde no se entre gratuitamente, y la comida en el *restaurant* en que ustedes coman.

—Y también le pagaremos un demonio que se lo lleve—exclamó Presentación.—Bonita soy yo para llevar al lado todo el santo día un pendón *intrépete* de esos, ó como se diga.

—Ya nos haremos entender nosotras solas—dijo la niña versada en idiomas.

—Vamos á ver—añadió la madre:—allí ¿qué hay que ver en la Exposición?

—La Galería de Máquinas es una maravilla. Figúrense ustedes que la nave central tiene 115 metros de ancho y 420 de largo. ¿Han visto ustedes jamás edificio de hierro más colosal?.....

—¿Es decir que será más grande que el pasaje de Murga?....

—Una cosa así. Con decir á ustedes que en el interior de la enorme galería podrían maniobrar 1.200 caballos.....

—¡Jesús, qué mareo! ¿Y allí sólo hay máquinas? No iremos nosotros á verlas.

—Será una impresión nunca sentida la que produzca ver todas aquellas máquinas en movimiento. No deben ustedes perder tan grandioso espectáculo.

—¡Ay! dolor de cabeza me da sólo de oír á usted. ¿Qué otras cosas habrá que ver?

—Creo que es muy notable el Palacio de las Artes liberales.

—Eso le gustará á Gumersindo, que es de los de Sagasta, y se tutea con Becerra.

—Es una Exposición retrospectiva del trabajo y de las ciencias antropológicas.

—¿Antro qué?... De eso sí que no le he oído hablar nunca á Gumersindo. Pero me parece que allí tendremos poco que ver las señoras.

—Pero lo que llamará mucho la atención de ustedes será la parte de Exposición que se denomina Historia de la habitación humana.

—¡Ay! ¿y qué es eso?

—Es curiosísima. Empieza esta exposición por el antro de un troglodita....

—¡Ave María!

—Una cueva ó caverna abierta por la Naturaleza en una roca.

—¡Qué miedo!.... ¡Y el troglodita dentro!....

—Lo malo no será que esté dentro, sino que salga, ¿no es verdad, mamá?

—¡Quita, hija, quita! nos libraremos bien de ir á ver esas visiones.

—Allí, amiga mía, podrá usted ver, no sólo la primitiva habitación ocupada por el apreciable troglodita, sino la habitación asiria, la fenicia, la hebrea, la egipcia, la griega, la persa, la romana, la japonesa, la china....

—¡Bah! ¡bah! déjenos usted de habitaciones....

—Además del troglodita verán ustedes allí esquimales auténticos, lapones, pieles rojas y otros salvajes de los más estimables y distinguidos.

—¡Jesús! Dios nos libre de ellos. Ya vimos aquí en el Retiro á los igorrotos en cueros vivos, y á las niñas, como son tan inocentes, no les hicieron mal efecto del todo, pero á mí... Con decir á V. que estuve mala del susto.

—Pero vamos á ver, señora, ustedes ¿á qué van á París?...

—¡Hombre! vamos á pasar allí unos días, en primer lugar porque va mucha gente distinguida de nuestra clase, y para que luego en el invierno cuando nos pregunten si estuvimos en París, podamos contestar afirmativamente. Y ya que vamos, queremos ver cosas agradables, bonitas, los paseos, los bailes, las fiestas, las revistas militares, las modistas de fama, las tiendas de confecciones, las de corsés, las de sombreros, las de muebles... en fin, todo lo que pueda divertirnos ó interesarnos.

—Comprendido. Van ustedes un mes á París para no ver nada de lo importante y grandioso y útil, sino sencillamente á divertirse y hacer compras.

—Sí, señor, sí, V. dirá lo que quiera de nosotras, pero esa es la verdad, y á lo mismo que nosotras irá mucha gente de Madrid.

—Pues siendo así, no tengo más que un consejo que dar á ustedes.

—¿Cuál?...

—Que lleven mucho dinero.

—¿Mucho?...

—Sí, señora, para ir de aquí para allí, en coche, por supuesto; para corretear por todas partes y no ver nada más que paseos, tiendas, teatros, talleres de modas, y fiestas y barullo, se necesita en París muchísimo dinero. Por suerte, D. Gumersindo no se arruinará por gastarse en un mes cuatro ó cinco mil dures.

—¡Jesús! ¡qué exageración! Gumersindo dice que gastará unos diez mil reales.

—Calle usted, señora, los diez mil reales se los dejan ustedes en el primer taller de confecciones que visiten.

Y siendo ya muy tarde, me despedí de Presentación y sus hijas, á quienes deseo felicísimo viaje con sus ocho mundos, que al regreso serán, lo menos, doce.

II.

EL VIAJE.

Tengo noticias de la llegada á París de la familia de D. Gumersindo Espinilla, que tuve el honor de presentar al lector discreto en el último cuadro de mi galería, publicado en el núm. XXVII de *La Ilustración*. Un amigo mío, que es conocido también de la familia citada, tuvo el gusto de acompañarla en el tren desde Madrid hasta Burdeos, y luego, en los pocos días que ha permanecido en París, la ha visto frecuentemente y ha sabido sus andanzas, y allí la ha dejado, bien á pesar de D. Gumersindo, que ya se habría vuelto de buena gana, y más ahora que acaso podría volver á meter la cabeza en el Ayuntamiento; pero su mujer y sus hijas le detienen, porque dicen que todavía no han visto nada.

Salieron de Madrid D. Gumersindo, su mujer y sus hijas en el expreso de las ocho de la noche, en coche reservado, porque D. Gumersindo trae no sé qué negocios con uno de los principales de la Compañía del Norte, y su mujer no le dejó de la mano hasta que logró que pidiera al amigo el *reservado*; que no está bien que personas de tal fuste vayan con el vulgo de los viajeros, exponiéndose á que les acompañe gente de poco más ó menos, ordinaria y desconocida.

Por favor especial concedieron un asiento en el *reservado* á mi amigo, y éste bien deplora que tuvieran con él Presentación y las chicas tan señalada condescendencia, porque dice que en su vida ha pasado peor noche, sin lograr conciliar un momento el sueño, por impedirselo los ronquidos de D. Gumersindo y de la señora, y los suspiros, risas y sollozos de las niñas, soñando, á más de otros ruidos misteriosos y desagradables con que le amenizaban las largas horas en vela. Lo que me ha dicho, especialmente de D. Gumersindo, me ha horrorizado. Se descalzó las botas, se acarició un rato con las manos los pies empapados en saludable sudor; se puso unas zapatillas, se quitó la corbata, se desabrochó el chaleco y el pantalón, y se tendió boca arriba cuan largo es, con el mismo abandono con que hubiera podido tenderse en una era. Presentación y las chicas tomaron también posturas nada académicas, y mi pobre amigo hubo de ir sentado toda la noche, medio asfixiado, haciendo filosóficas reflexiones sobre la humanidad apestante, y enterándose de que una de las muchachas debe tener un novio, ó cosa así, que se llama Pepito, pues la oyó decir en sueños dos ó tres veces: «No seas malo, Pepito,» mientras el autor de sus días bramaba como un toro, y la mamá, sumamente inquieta y revolviéndose pesadamente en el incómodo asiento, dejaba oír unos *jipios* y unos ayes, que no era posible adivinar lo que soñaría la distinguida y voluminosa señora.

Abrió mi amigo, allá á los dos de la madrugada,

un momento la ventanilla, porque ya no podía respirar, y D. Gumersindo, incorporándose medio dormido, empezó á estornudar tan fuerte y tan seguido, que lo menos fué diez kilómetros estornudando enfrente del amigo, que no podía mudar de sitio por estar los demás ocupados por la mujer y las hijas del ex-concejal. D. Gumersindo, aún no bien despierto, olvidado de que les acompañaba mi amigo, montó en cólera al ver abierta la ventana, y exclamó:—«¿Quién de vosotras ha abierto? ¡Qué calamidad de mujeres! No debía haber una en este mundo. Todas estaríais mejor en el otro. A ver si he cojido una pulmonía.»—Y con esto despertaron sobresaltadas Presentación y las chicas, en el preciso momento en que la primera soñaba que el tren se hundía en el abismo, con lo que lanzó gritos agudos, y las chicas se asustaron de suerte que á Tula le sobrevino un ataque nervioso, por ser propensa á estas indisposiciones, y mi amigo no pudo menos de sentir las punzadas del remordimiento, considerándose autor de todo aquel trastorno, por haber cometido la imprudencia de abrir la ventanilla al pasar el tren por un túnel largo, donde la trepidación era muy violenta, siniestro el ruido y espantosa la obscuridad, porque la lucecilla del centro del coche se había apagado. Las chicas no sabían lo que les pasaba, la madre creía estar viuda ya, y D. Gumersindo continuaba estornudando á más y mejor, cuando por suerte detúvose el tren que había llegado á una estación, y allí fué hecha otra vez la luz en el interior del coche,

y pudieron reconocerse la madre y el padre y las hijas, y reponerse de las emociones sufridas. Pero D. Gumersindo, que no perdonaba el abuso de bajar el cristal de la ventanilla, comenzó á hacer severos cargos á sus hijas, creyendo que una de ellas había incurrido en semejante exceso, si no había sido Presentación, que, por estar muy gruesa, parece que necesita ordinariamente mucho aire para no sofocarse. Negaron con enojo las acusadas, insistió él, y á mi amigo le pareció conveniente poner término á la cuestión explicando que el cristal había caído solo; explicación que al momento acogió D. Gumersindo, desatándose en agrias censuras contra las empresas de los ferro-carriles, que tienen un material desven- cijado, inservible y comprometen con su abandono la salud y la vida de los viajeros. «Ya tendrían más celo si las crujiera el Gobierno á multas, y les hiciera pagar fuertes indemnizaciones, no sólo por las le- siones, pérdidas de miembros y golpes y descala- braduras, sino hasta por un sencillo constipado. ¿Quién puede calcular las consecuencias de un cons- tipado adquirido en gran velocidad por haberse baja- do espontáneamente el cristal de una ventanilla?..... Pues puede producir la ruína de una familia.» Y si- guió tronando contra el mal servicio de los ferrocarriles españoles, y la carestía de las tarifas de viajeros, y el desprecio con que se les trata, significando su deseo de ser Ministro de Fomento para atar corto á las Empresas, y llenar la Cárcel-Modelo de directores,

consejeros y jefes, en justo castigo de su perversidad. Y no calló hasta que entró el revisor de billetes, y los pidió. Dióle el suyo mi amigo, y el revisor se lo talaró y se lo devolvió. D. Gumersindo sacó de su cartera un papelito de color de rosa, y en viéndolo el empleado, se quitó la gorra muy atento y le saludó reverente, lo cual que el jefe de la familia le contestó con un bufido. El severo y descontentadizo D. Gumersindo viajaba gratis hasta la frontera con toda su familia, y maldecía, sin embargo, de la Empresa.

En Miranda bajó toda la familia á tomar chocolate, y D. Gumersindo tuvo la atención de invitar á mi amigo, porque, eso sí, rumboso lo es el hombre, y no había acabado todavía de tomar el Soconusco, y ya estaba llamando al camarero y dándole un billete de quinientas pesetas para que cobrara. Dijo el sirviente que no había cambio, pero al punto Presentación declaró que en el coche, en un saquito de mano, cuya llavecita no sabía dónde la había metido, tenía ella dinero suelto, con lo que mi amigo sacó un duro y pagó el desayuno de todos, aunque no lo querían consentir D. Gumersindo y Presentación, empeñados en que *les cambiaran*, y censurando acremente el deficiente servicio de una fonda tan principal donde se da el escándalo de no haber cambio de un miserable billete de quinientas pesetas á las siete de la mañana. «¡Esto sólo se ve en España!» decía D. Gumersindo al volver al coche con su billete íntegro de quinientas en el bolsillo, y el chocolatito en el cuerpo.

Hasta llegar á Hendaya no ocurrió cosa que de contar sea. Las chicas bajaban en todas las estaciones donde el tren se detenía, y el padre desde la puerta del coche les indicaba á gritos el sitio adonde querían ir, y luego las llamaba con grandes voces temiendo que el tren se pusiera en marcha. En Hendaya tenía mucho que hacer D. Gumersindo; recoger los ocho mundos, facturarlos otra vez, comprar los billetes para París, y cambiar algunos del Banco de España por otros franceses y por moneda republicana. De suerte que mi amigo hubo de encargarse de llevar al *buffet* á la familia para que fuera almorzando, mientras él evacuaba tantas diligencias, que lo hizo todo pronto, con el auxilio de un joven muy dispuesto, francés ó italiano, que se prestó á guiarle en medio de aquella confusión de equipajes y viajeros, carabineros, empleados de la aduana, dependientes del ferrocarril, y agentes de policía españoles y franceses. Volvió el hombre con los billetes hasta París, diciendo que era un robo el precio, y después de despedir al guía, gratificándole con medio franco, se puso á almorzar, y, la verdad ha de decirse, correspondió al obsequio del chocolate apresurándose á pagar el almuerzo de mi amigo, dando al efecto al camarero un billete de veinticinco francos que ya había separado á prevención de los que le dió el cambiante y guardó en la cartera, en el bolsillo de la americana.

D. Gumersindo estaba muy alegre; contagiábale la animación que reinaba en aquel lugar, y se divertía

viendo á los gendarmes *en grande tenue*, con motivo del aniversario de la toma de la Bastilla, los ingleses y portugueses que habían llegado en otro tren, los toreros que conocía de verlos en la calle de Sevilla, y las gitanas que iban á París contratadas por un compatriota, deseoso de hacer conocer á nuestros vecinos el *cante jondo* y el movimiento de caderas de la *Melosa* y la *Mantequilla*. Pero le duró poco el regocijo de tan variado espectáculo, porque al montar en el vagón echó mano al bolsillo de la americana, y allí había estado la cartera con los billetes franceses que le habían dado en cambio de los españoles. Jamás ha visto mi amigo, según dice, hombre más irritado que el bueno de Espinilla, y no le faltaba motivo ciertamente. A todo el mundo interesó el dolor de viajero tan voluminoso, que sollozaba, gemía, maldecía é increpaba á los gendarmes, y éstos le oían inmóviles, sin entender una palabra. El escamoteo no había sido más que de dos mil pesetas, y sin ellas tuvo que ir camino de París, porque el tren no podía dejar de salir, y don Gumersindo pretendía que no saliese tren alguno ascendente ó descendente hasta que pareciera su dinero. Este triste ejemplo debe enseñar á todo viajero que en camino no es conveniente cambiar ni mostrar dinero, á no ser moneda de cobre ó menuda de plata que no excite la codicia, ni sacar del bolsillo carteras que se puede suponer encierran valores, ni llevar alhajas, como relojes y cadenas de precio, alfileres de brillantes, anillos, dijes y demás superfluidades á que es

muy aficionada mucha gente que tiene dinero y es cursi por naturaleza sin poderlo remediar. Con el dinero preciso para el camino y una carta de crédito en el bolsillo, se viaja muy ricamente y libre de cuidados; con un reloj de níquel basta para saber la hora, y todo lo superfluo que no se lleve no hay peligro de perderlo.

D. Gumersindo, bajo la impresión tan desagradable del robo que le habían hecho, ni se quitó los bototos, ni se desabrochó el chaleco, ni se durmió, ni hizo otra cosa que lamentar su pérdida de dinero, y la idea de ir á la Exposición de París donde acaso le esperaban nuevos percances. Ya no era reservado el coche, y en la estación de Biarritz entraron dos jóvenes francesas muy elegantes á quienes habían despedido en el andén dos caballeros muy conocidos en Madrid, cuyos nombres me ha dicho mi amigo. No los diré, porque acaso pudiera ser esta indiscreción motivo de trastornos conyugales, siendo casados los dos amigos de aquellas grandísimas..... *cocottes*, y hallándose las respectivas esposas tomando aguas sulfurosas en otras latitudes, mientras los maridos, á pretexto de *hacer política* en aquel centro de reunión de los más perspicuos hombres públicos, tiran de la oreja á Jorge, y adquieren relaciones íntimas con personas tan distinguidas como las dos horizontales que se metieron en el coche, donde D. Gumersindo, serio, grave, airado, fruncido el ceño, meditaba, hecho un veneno, sobre el apretado lance de quedarse sin dos mil francos al po-

ner el pié en territorio extranjero. No en vano, antes de tan grave suceso, habiase aprendido de memoria, y repetido en muchas ocasiones, viniera ó no viniera á cuento, esta frase:—«Todas las desdichas nos vienen de Francia.»

Al entrar las francesas en el coche, mi amigo hablaba con Presentación y sus hijas, procurando consolarlas y animarlas, y aquéllas ocuparon los asientos frente á D. Gumersindo. Luego que se acomodaron, y vieron al vecino que las miraba con ojos de indignación, miráronme las dos, y prorumpieron en ruidosa careajada.

—*¡Hein! c'est drole le bourgeois...*—dijo la una.

—*C'est un quincaillier apparemment*—contestó la otra, aludiendo, sin duda, á la gran cadena, á los botones, los dijes, anillos y relumbrones que llevaba el exconcejal.

Enfrente de dos mujeres guapas, y lo eran mucho las francesas, no era posible que un hombre como don Gumersindo permaneciera indiferente y con aquella cara de perro de presa durante las largas horas del viaje. Poco á poco fué desarrugando el entrecejo, y poniendo la cara amable y entornando los ojos con cierta picardía, holgándose mucho de poder mirar á su gusto aquellas dos Venus vestidas tan poco semejantes á Presentación, que cuando se casó con él era una lombriz, y después ha engordado hasta el extremo de parecerse á un ballenato. Tan grande es el encanto

de la contemplación de las obras bellas de la Naturaleza, que el mismo D. Gumersindo, hombre prosaico y vulgar, no pudo menos de sentirse subyugado ante las dos jóvenes bulliciosas, picareseas, burlonas, que le enseñaban, riéndose de él, unos dientes tan blancos, y le miraban con unos ojos que le obligaban, bien á pesar suyo, á ser infiel, mentalmente, á su consorte. Las dos mujeres, que por su género de vida y por su industria, son algo políglotas y cosmopolitas, chapurran con donaire el español, y pronto comenzaron á hacer preguntas á D. Gumersindo, declarándose entusiastas de la *España* y de los *españoles*, y su charla con el arriscado Espinilla hubo de intrigar á Presentación, que también quiso tomar parte en la conversación. Prendáronse pronto de tan amables damas la mujer de D. Gumersindo y sus hijas, muy lejos de sospechar su verdadera condición, y les parecieron sumamente útiles y oportunas las noticias que les dieron acerca de París, conviniendo en que la familia se alojaría en casa de la respetable tía de una de las dos parisienses, *Madame la Marquise de la Pierre-blanche*, persona muy piadosa y relacionada con toda la antigua aristocracia, que había perdido la mayor parte de su fortuna en la quiebra de un gran banco. Una de las dos buenas piezas dijo ser viuda de un subprefecto, y la otra casada con un conde de la Rocheverte, que se hallaba en América gestionando la posesión de una herencia colosal. Habían venido á tomar las aguas de Cauterets y luego á Biarritz á ba-

ñarse en el mar, según costumbre de todos los años, y volvían á la gran ciudad, deseosas de no perder las fiestas de la Exposición.

Para Espinilla y su familia era una gran fortuna hacer conocimiento con damas que les parecían tan principales, y tener asegurado alojamiento, y esta era la cuestión que más les preocupaba desde Madrid, en casa de la tía de quien hablaban con singular encomio las dos maulas, bien que, siendo una marquesa, aunque tronada, temía D. Gumersindo que le hiciera pagar caro el hospedaje. Las chicas hablaron de modas, y siendo en esta materia peritísimas las dos francesas, diéronles detalles preciosos acerca de los mejores *modistos* y de los almacenes mejor surtidos, y ellas mismas las acompañarían á hacer sus compras para que no las engañaran, con lo cual holgóse mucho Presentación, más presumida que sus hijas, y que hace tiempo intenta en vano disimular con el exagerado adorno los extragos que en su persona hace el tiempo implacable. Conociéndole el flaco, las dos aventureras le contaron prodigiosos resultados de ciertas composiciones químicas y de perfumería con que se recobra la juventud, ó si no precisamente la juventud, la tersura del cutis, el carmín de los labios, la abundancia y el color primitivo del cabello, la animación de los ojos; y también la esbeltez y gallardía del talle la recobraría fácilmente merced á ciertos específicos maravillosos, vencedores de la obesidad, y á las cinturas y corsés que ellas le proporcionarían, y

con los que habíanse convertido en sílfides y ondinas señoras raquíticas y contrahechas y otras extremadamente gordas; lo mismo que algunas escandalosamente flacas habían adquirido caderas y otras encantadoras curvas como por arte mágico.

Doña Presentación no cabía en sí de gozo con tan buenas esperanzas que halagaban poderosamente su amor propio de jamona rebelde á toda ley natural, y ya se regocijaba con solo figurarse trocada por obra y gracia de los modistos, corseteros, farmacéuticos y perfumistas de París en una Diana cazadora como no la merecía el groserote de Gumersindo; pero, ya que no para su marido, para la buena sociedad en que había comenzado á figurar de una manera brillante, necesitaba ella la transformación de rostro y cuerpo que solo en la ciudad centro de la moda y del buen gusto podía obtener, según le aseguraban con acento persuasivo y cariñoso las francesas á quienes creía firmemente.

Mi amigo se detenía en Burdeos para visitar á personas de su familia que allí residen, y continuaría el día siguiente su viaje, por lo que tuvo que separarse de la familia Espinilla, dejándola abandonada á su suerte y en poder de las dos vengadoras, que sin duda habían obtenido regular ganancia en los Casinos de Caunterets y Biarritz á juzgar por la franca alegría que demostraban. Al despedirse de Espinilla mi amigo, le dijo: «Cuidado, D. Gumersindo, que corre grave peligro la respetabilidad de V.; que no se diga que un

ex-concejal de Madrid, y que lo puede volver á ser, no ha sabido vencerse á sí mismo.» Espinilla se sonrió de una manera particular, y contestó: «Amigo mío, mujeres como éstas le vuelven loco á un santo, aunque haya sido concejal. Mire usted, por la rubia haría yo una barbaridad..... y por la morena otra.—Mal hará usted en hacer, como dice, una barbaridad; pero le aconsejo no cometa la de permitir que sus hijas tengan trato con esas mujeres.—Hombre, son dos señoras, una viuda y otra casada. ¿No ha visto usted qué imperdible de brillantes lleva la rubia con una corona de marqués?—¡Buen detalle! también los caballos de lujo llevan cifras y coronas de marqués y de duque.» Y como el tren iba á partir, mi amigo se acercó á despedirse de Presentación y sus hijas, y le dijo bajo á Espinilla: «No sea usted papanatas, y perdone usted la franqueza.»

### III.

#### EN SAN SEBASTIAN.—EN PARÍS.

Ha de saber el lector, aunque no le importe, que hallábame casi resuelto á no ir á París este año, y también le diré el motivo, aunque no lo quiera saber. Habíanme asustado varios sujetos que, regresando de París, me ponderaban la carestía del alojamiento y la dificultad de hallarlo; las exigencias escandalosas de

los dueños de los hoteles y la extraordinaria subida de precio de la alimentación y de la locomoción con motivo del Certamen internacional. A creer á los expedicionarios á quienes me refiero, no era posible visitar París este año sin gastar por lo menos cien francos por día, y esto sin hacer ningún excesillo; y francamente, poníase me carne de gallina considerando los apuros, incomodidades y trabajos que pasaría en París viajero de tan pocos recursos pecuniarios como un servidor de ustedes.

Por suerte regresó de la gran ciudad mi amigo, el que acompañó en parte del viaje á la familia Espinilla, y me persuadió de que eran falsas de todo punto las noticias que me habían dado aquellos otros expedicionarios, sin duda por pueril y ridícula vanidad, por *darse pisto*, y ustedes perdonen lo vulgar de la frase. Creo ahora que alguno de los que me encarecían el enorme gasto hecho en París, no ha salido en todo el mes de Julio de su casa de la calle de la Garduña, y luego en Agosto se ha dado al público diciendo que venía de la capital de Francia.

Según mi amigo, no había dificultad para hallar alojamiento, ni el precio en los mejores hoteles excedía de un treinta á cuarenta por ciento sobre el ordinario, ni en los del almuerzo y la comida en los infinitos *restaurants* se notaba sensible variación, ni la tarifa de los coches era distinta de la que siempre rige, ni había, en fin, necesidad de poseer una fortuna para proporcionarse el gusto de visitar la Exposición

y pasear por aquellos incomparables bulevares, favorecidos por la presencia de la familia Espinilla, de Madrid:

Los verídicos y tranquilizadores informes de mi amigo me animaron á emprender el viaje á París, bien que habiendo visto ya la torre *infíel* levantada en la calle del Ave María y la estatua de San Lorenzo hecha de pan, en las fiestas de la verbena de este santo, seguramente no había de encontrar en la Exposición cosa más notable y digna de ser vista, pero allí estaban la familia Espinilla y otras de las más ilustres pertenecientes á la heroica é invicta *kursileria* matritense, y no sería perdida mi excursión para la crónica de los hechos de tan numerosa clase. Y sin llevar á *La Correspondencia* el suelto anunciando mi salida para la capital de la vecina República, porque esta diligencia es ya el colmo de lo cursi, salime una tardecita del pasado mes con dirección á San Sebastián, donde era de rigor dar un paseo por el *boulevard*, tomar café á la puerta del titulado Suízo y de la Marina, comer en el hotel Continental, ir á *Jai alai* y á Pasajes en el tranvía, y asistir al concierto del insigne y simpático Bretón en el Casino, prescindiendo de probar fortuna en el *treinta y cuarenta*, porque esta prueba podría serme tan contraria que me impidiera continuar el camino el siguiente día, no por otra cosa, sino por haberme quedado sin los escasos fondos que llevaba destinados al aumento de la riqueza de la nación francesa.

Cumplí fielmente el programa. Desde la estación fuíme á casa de mi patrona de siempre, una buena moza, natural de Eibar, con el marido en Buenos Aires, y con vistas á la Zurriola, nombre que le deberá recordar constantemente las zurras que le solía dar aquel emigrante, cuyo regreso siempre teme la paisana de las armas de fuego. Tenía la casa llena, como de ordinario, de forasteros y de bizarros oficiales de la guarnición, muy aficionados al marcial porte de la abultada guipuzcoana; pero no por eso dejó de hacerme un hueco en el comedor, detrás de un *paravent*, donde me pondría la cama. Era jueves, y había música por la mañana en el *boulevard*. Aquello estaba brillante. Las de Gómez, las de Sánchez, las de Fernández, la huevera de la calle del Calvario, las de Trápala con los novios, la viuda del brigadier Aguijón con el ayudante del difunto; la mayor de las de Espoleta, que se acaba de casar con aquel chico que hacía tan bien los papeles de tonto en el teatro de la Condesa del Surco; en fin, mucha gente conocida y mucha más completamente desconocida.

Por la tarde, aunque no tengo maldita la afición, fuíme al frontón, es decir, al juego de pelota. Este espectáculo está muy favorecido. Los forasteros hacen como que les gusta, y allí se vuelven á ver los que por la mañana se vieron en el *boulevard* ó en la Concha, y por la noche se verán otra vez en el Casino. ¡El Casino! Cada vez me parece más bonito este lugar, de recreo para algunos y de perdición para

otros. Gran escenario de la vanidad y centro del vicio, mientras ellas lucen en el gran salón del concierto las más costosas y exageradas galas, ellos procuran en vano recuperar en el juego lo que derrochan en el veraneo. ¡Qué lujo el de las señoras! Nunca olvidaré aquel vestido encarnado con sorprendentes combinaciones, que lucía la voluminosa señora de Cerote, uno de nuestros más populares prestamistas á las clases activas y pasivas. Sus hijas, una de azul y otra de blanca, completaban, con su madre, el pabellón francés.

El día siguiente fuí compañero de viaje de esta estimable familia, que también iba á ver la Exposición. Y por cierto que Cerote me hizo una confidencia. Un francés concurrente al Casino, *habitué del baccarat*, se había visto una noche en un compromiso de juego, de honor, decía él, y Cerote, en un momento de olvido de sí propio, le había prestado trescientas pesetas, sin juicio de conciliación ni escritura; y el francés en agradecimiento le dió el día siguiente, para que fuera bien recibido en Francia, una carta de presentación para M. Carnot, el espetado Presidente de la República, de quien se decía amigo desde la infancia. La carta, que me enseñó el feliz poseedor, demostraba claramente que su autor estaba en las mejores relaciones con el Presidente, porque empezaba: «*Mon cher,*» le tuteaba, y terminaba: «*Ton vieil ami Armand,*» pero Cerote, desconfiado por naturaleza y por su oficio, comenzaba á dudar, y me preguntó:

—¿Qué le parece á V.?..... ¿Será cierta la amistad

del francés con el jefe del Estado, ó se habrá querido quedar conmigo?...

—Creo—le contesté—que con lo que se ha querido quedar es con las trescientas pesetas.

La señora, más confiada, y prendada del buen porte y exquisita cortesía de M. Armand, porque éste le había dicho lisonjeras galanterías en las reuniones del Casino, lo mismo que á las niñas, no creía que hubiera engaño, y en su opinión sería un tonto su marido si no entregaba la carta que les podía servir de mucho en aquel laberinto de París.

Ocho días después encontré á esta familia mirando á lo alto de la torre Eiffel, y pregunté á Cerote si había seguido el consejo de su mujer.

—Calle V.—me dijo;—puse en la carta una tarjeta mía con las señas del hotel donde estamos, y la dejé á un portero en el palacio del Presidente.

—¿Y ha ido á ver á usted M. Carnot?

—No, señor; ha ido uno de la policía, según me ha dicho en secreto un camarero catalán que sirve en el hotel, y se ha enterado de quién soy yo, haciendo muchas preguntas. Sepa V. que esto me tiene un poco azorado. Creo que me siguen. Mire V. cómo me mira aquel del képis.

—¡Hombre, si es un cartero!

Cerote está ya en Madrid; á su vuelta se detuvo en San Sebastián, donde ya no encontró al amigo de M. Carnot.

Y ahora volvamos á la familia Espinilla.

Mi amigo me dió en Madrid las señas de la casa donde se había instalado en París el bueno de don Gumersindo, la casa de aquella Marquesa averiada, tía de una de las bellas horizontales parisienses tan del gusto del ex-concejal, de su mujer y de sus hijas, y apenas llegué á aquella capital y dejé la maleta en el hotel de Barcelona, rue Lafitte, me dirigí á la de Estrées, donde encontraría á la familia Espinilla, ó me darían noticia de su residencia. En efecto, allí vivía *Madame la marquise de la Pierreblanche*, una gran mujer, por las dimensiones, ya *sur le retour*, es decir, jamona, pero bien compuesta y aderezada. Pregunté á Madame por Espinilla, y me contestó:

—¡Ah! monsieur *Espinillá!* *il est parti.*

—*Parti?.... Sitót?*

—*Oui, monsieur. Il est parti, le cher homme..... Il était ici bien content, monsieur, bien satisfait, et, je suis bien sure, il a parti desolé, vraiment desolé....*

—*¿Et pour quoi?*

—*¡Ah! monsieur, la femme... Madame Espinillá! monsieur..... belle dame, ¡oh! respectable dame, mais.....*

—*¿Mais?*

—*Trop bête, monsieur, trop bête... Talouse, monsieur, envieuse..... Les deux filles, je les aurai marié, marié richement... mais la mère..... On ne peut pas faire rien de bon avec la mère.....*

La *marquise*, que bien se conoce que es pájara de cuenta, no sabía ó no quiso decirme á dónde se había trasladado la familia Espinilla, y habiendo llegado en aquel momento un *gran monsieur decoré*, á quien recibí aquella con fuertes apretones de manos, me despedí, agradeciendo los ofrecimientos que de su casa me hizo. Y como me hallaba cerca de la Exposición y sentía vivos deseos de contemplar el hermoso conjunto de maravillas con que los franceses han querido y conseguido probar el progreso prodigioso de la ciencia, del arte y de la industria en su nación, entréme por la puerta más próxima en el anchuroso recinto del magnífico certamen. Lo primero que todo visitante extranjero desea ver de cerca es la famosa torre Eiffel, y para satisfacer este deseo, provisto de la preciosa *Guide bleu* de *El Figaro*, fui en demanda del ferro-carril Decauville, que me llevaría en pocos minutos al pié de aquella construcción de filigrana de hierro. Había cola para tomar billetes, pero una cola bastante ordenada, lo que atenuaba mucho la molestia de esperar. La explotación de este ferro-carril interior será uno de los buenos negocios de la Exposición. Cuesta 25 céntimos el viaje en segunda clase y 50 en primera; pero en primera no suele ir nadie, á no ser algún Shah, pongo por caso. Por eso cada tren no lleva más que un coche de primera, vacío por lo regular. Sin embargo, en el tren en que yo iba, el coche de primera llevaba tres personas, tres damas con grandes sombreros de paja, y que, sin verlas el

rostro, me pareció que serían tres princesas, pero luego que el tren llegó á la estación de la torre, y bajamos los viajeros de la clase ordinaria, ví con satisfacción que las tres princesas que salían del coche de lujo eran mi señora D.<sup>a</sup> Presentación y sus dos hijas.

No pude menos de agradecer las demostraciones de amistad y contento con que me recibieron la mujer de Espinilla y sus hijas.

—¿Cuándo ha venido usted?

—¿Por qué no nos ha avisado?

—¡Qué sorpresa tan agradable!

—*Tome usted guarda*—me dijo Tula, que es la que sabe francés, y desde que ha ido á París habla un idioma extraño que no es francés ni castellano—avisándome que me iba á atropellar un chino que tiraba, como un burro, de un *fauteuil roulant*, ocupado por una inglesa anémica.

—¡Cuántas cosas tenemos que contar á usted!—me dijo la madre.

—Muchas, muchas—añadieron las hijas.

—¿Y Espinilla?—pregunté.

—Debe estar esperándonos en el banco.

—¿En el Banco?..... ¿Qué?..... ¿Se ha metido ya en el Banco de Francia?.....

—No, señor, es un banco que hay delante de un puesto de tabaco, allí, junto á la torre.

—Pues vamos allá.

—Hoy es cuando vamos á subir á la torre. Hasta hoy no nos hemos decidido, porque ya vemos que sube

todo el mundo y el ascensor no se cae..... ni la torre tampoco.

—¡Ay! amigo mío—me dijo bajo Presentación;— ¡qué París éste! ¡esto es la gloria y el infierno!

—Sí, señora, y el purgatorio, y el limbo.

—Ya le contaré, ya le contaré á usted cosas peregrinas. Allí está Espinilla.

En efecto, delante del despacho de cigarros, en un banco, estaba el ex-concejal todo ensimismado, taciturno, y algo menos gordo que en Madrid.

#### IV.

##### D. GUMERSINDO Y FAMILIA.

No dejó de sorprenderme la actitud del insigne D. Gumersindo, á quien siempre he conocido jovial, expansivo, de buenísimo humor, y entróme gran curiosidad por saber el motivo de su ensimismamiento en medio de la extraordinaria animación y singular bulli-  
cio de la Exposición. Él mismo me lo explicó todo mientras su mujer y sus hijas se entretenían hablando con su modista de Madrid, que también ha ido á manifestarse en París, acompañada de una especie de marido, un hombrón poco más bajo que la torre Eiffel, perteneciente al benemérito cuerpo de Consumos de la heroica villa matritense.

—Amigo mío—dijome D. Gumersindo—estoy aton-

tado, aturdido, anonadado. Sí, señor, añadió—acercando más de lo permitido su rostro amoratado al mío, y en tono confidencial:—esto es muy grande, muy grande. Nosotros somos unos pobres hombres muy infelices... Si yo hubiera nacido francés, ¿quién sabe lo que sería ahora?... Creía yo que ser concejal en Madrid era ser algo en este mundo, y ahora me convenzo de que un concejal en Madrid es un sér insignificante. Aquí, aquí sí que se puede ser concejal..... ¿Usted ha visto qué calles, qué casa de la Villa, qué mercados?..... Aquí me habría hecho millonario en un dos por tres, mientras que en Madrid sólo he logrado reunir una miseria de miles de duros á fuerza de discurrir, y por una pequeñez como esa todavía hay quien le muerde á uno y quien le tiene envidia, y hasta en las Córtes se alborota y se trae y se lleva á los concejales, y los periódicos—¡hombre, no puedo ver á los periódicos!—ponen unos artículos tan exagerados que no parece sino que uno ha hecho alguna barbaridad. En fin, que aquello es una miseria, y que haber nacido español.....

—¿Qué va usted á decir, D. Gumersindo?—le interrumpí.—¡Renegar de la patria!... Eso no es propio de un progresista como usted.

—Sí, señor, sí, tiene usted razón; pero no me negará que somos unos infelices, que vistos desde aquí nuestros hombres políticos, concejales inclusive, son tan pequeñitos que no se les ve.

—No tanto, hombre, no tanto. A usted le ha tras-

tornado París. Está usted bajo la impresión de lo extraordinario, de lo sorprendente; pero crea usted que aquí hay mucho bueno y muchísimo malo, como sucede en Madrid.

—¿Ha visto usted qué mujeres?...—me preguntó de repente, arrimándose todavía más la cara encendida por los malos humores.

—¡Hombre! no me toque usted ese punto. Mujeres como las nuestras no las hay en ningún país del mundo.

—Mire usted, lo que es como la mía ciertamente no hay otra en parte alguna.... Usted no sabe qué vida me da desde que estamos aquí.... Al cabo de los años que llevamos de casados, ahora es cuando ha dado en la manía de tener celos. ¿No le parece á usted esto ridículo?... ¡Una mujer con hijas casaderas, que ha cumplido ya los cincuenta y seis años, celosa como una recién casada!....

—Eso será porque V. habrá incurrido en algún... ¿cómo diré? en algún desliz... Algo he oído de ciertas compañeras de viaje...

—Calle V. por Dios, no le oiga mi mujer...

—Está muy entretenida con esa que dice V. que es su modista de Madrid.

—¡Qué dos mujeres, compañero, las que hicieron con nosotros el viaje! ¡qué dos mujeres! ¡qué elegancia! ¡qué finura y qué buena educación! y ¡qué travesura!

—La travesura sobre todo, ¿eh?.....

—Mire V., son dos mujeres capaces de volver

loco... ¿á quién diré yo?... al hombre más serio del mundo, al mismísimo Pí y Margall. Pues ¿y la tía de una de ellas?.....

—La conozco.

—¿Usted?...

—Sí, señor, hace una hora he hablado con ella en su casa en la calle de Estréas.

—La misma, la misma. Ya no es niña...

—Ya lo creo que no es niña.

—Pero ¡qué mujer! ¡qué jamona, compadre!

Y los ojillos de D. Gumersindo se encandilaban de tal suerte, que el ex-concejal presentaba en su fisonomía toda la apariencia de un viejo vicioso y libertino..... Jamás le hubiera supuesto capaz del más leve exceso, y nunca le tuve por mujeriego, ocupado como le conocí siempre en hacer negocio y aumentar su peculio; pero las francesas le habían perturbado por completo.

—En casa de esa señora,—es marquesa, no crea usted que es una cualquiera—hemos estado doce días; pero, amigo, mi mujer rifó con ella, y hasta la quiso pegar..... Después de este escándalo quise que nos volviéramos á Madrid; pero las chicas, que no habían visto la Exposición, me suplicaron no realizara mi propósito, y aquí me tiene usted sufriendo las genialidades de mi mujer, que está insufrible.

—Vamos, sea usted franco y diga que no le falta razón á su señora. Usted habrá hecho alguna picardigüela.....

—¡Hombre!—repuso D. Gumersindo—las francesas son el demonio. Yo no tenía siquiera idea de lo que valen estas mujeres. ¡Con qué gracia me han hecho gastar un dineral! ¡Cuidado que se necesita habilidad para hacerme gastar el dinero y que me haga gracia!

—Efectivamente, porque nunca le he creído á usted demasiado pródigo.

—¡Qué demasiado! ni tanto así. Yo he sido siempre un hombre muy ordenado. Mientras estuve en el Ayuntamiento asistí á todas las francachelas que disponían y pagaban el Alcalde ó los compañeros, pero yo no pagué jamás. Verdad es que los concejales, por lo regular, no tienen tanta gracia como estas francesas.....

La señora de D. Gumersindo y sus hijas terminaron la conversación con la modista y se reunieron con nosotros.

—¿Conque vamos arriba?—preguntó Presentación á D. Gumersindo, con una gravedad que revelaba el enojo de la digna esposa por las picardías del marido.

Este, en tono igualmente áspero, contestó:

—Vamos arriba.

—¿Nos acompaña V.?—me preguntó ella.

—Sí, señora; ¿quién pierde la ocasión de subir tan alto?

Y nos dirigimos á una de las puertas, y pocos minutos después, cómodamente sentados en el ascensor, subiamos á la primera plataforma.

—¡Jesús!—decía Tula muy sorprendida, mirando por una de las ventanillas de la vagoneta;—la torre baja, mamá.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Presentación;—es verdad que baja la torre. De buena gana me iba.

—Pues si baja, que me devuelvan el dinero—observó D. Gumersindo.

Por suerte, entre los compañeros de ascensión no había más españoles que nosotros, de modo que nadie se rió oyendo las disparatadas observaciones de la familia Espinilla.

De pronto abrióse la puerta de la *cabine*, y nos hallamos en la primera plataforma.

¡Qué sorpresa la de Presentación y sus hijas!

La ofendida esposa, ante aquel espectáculo tan nuevo para ella, no pudo menos de olvidar un momento los agravios del marido, y se mostró contenta, risueña, expansiva, yendo ella y sus hijas maravilladas de un lado á otro, examinándolo todo con la mayor curiosidad.

—¡Esto es precioso! ¡esto es magnífico!—exclamaba.—¡Qué bien se respira aquí! ¡qué vista tan hermosa!....

—Mamá, aquí se almuerza. ¿Almorzaremos, papá?

—Oye, Tula, ¿qué quiere decir *Brebant*?—preguntó la mamá.

—Señora—la contesté—es un nombre propio.

—¿Propio de qué?....

—Mejor dicho, un apellido, el del dueño de ese restaurant.

—Vamos, es una especie de Fornos—repuso la madre.

—Sí, señora, de la misma especie, y de las mismas especies, sin duda.

—Mira, mamá, restaurant de Alsacia y Lorena. Papá, ¿almorzamos aquí ó dónde?

—Donde vuestra madre disponga—contestó D. Gumersindo á su hija.

El ex-concejal, viendo más humanizada á su mujer, dispuesta sin duda al perdón y al olvido, quiso mostrarse también benévolo é indulgente, de lo que me holgué mucho, porque es poco agradable acompañar á un matrimonio mal avenido.

Consultóme D. Gumersindo sobre la elección de restaurant, al propio tiempo que me invitaba á almorzar, con lo que hube de persuadirme del notable cambio en el modo de ser del ex-concejal, tan ruín y cicatero en su patria y tan espléndido en el extranjero.

—El asunto—le dije—es grave y trascendental. Almorzar bien ó almorzar mal, esta es la cuestión. Suele uno llevarse en este punto chascos muy desagradables, y yo no quisiera la responsabilidad de un mal almuerzo. Mi Sra. D.<sup>a</sup> Presentación es la que debe elegir el restaurant. Yo me limito á decir á usted que Brebant es un nombre legendario en París. Brebant, tantas veces citado por los noveladores franceses, ya era famoso en 1830, y daba de comer y de

beber á lo más lucido de París en su establecimiento de la calle Nueva de San Eustaquio, que ahora se llama de Aboukir. El Brebant de ahora no es el mismo de 1830, pero, hijo ó sobrino de aquél, mantiene la honrosa tradición de la familia. Allí tienen ustedes otros dos restaurants, uno americano y el de Alsacia y Lorena. Estos dos nombres son altamente simpáticos para nosotros los españoles, tan amigos hoy de la nación francesa y que tanto nos interesamos en sus tristezas y sus alegrías.

—Usted se interesará—me interrumpió Presentación—que yo no.

—Alsacia y Lorena—continué, como si no hubiera oído la interrupción de la mujer de D. Gumersindo—nos recuerdan una gran catástrofe, una inmensa desgracia de este pueblo incomparable. ¡Recobrar Alsacia y Lorena! este es el sueño de nuestros vecinos y amigos..... No hay francés que oyendo esos amados nombres no sienta hervir su sangre y latir su corazón, pensando en la revancha.

Y en aquel momento, desde la puerta del restaurant *Alsacia y Lorena*, donde nos hallábamos, oímos cantar á coro

*Allons, enfants de la patrie!*

y grandes aplausos después de cada estrofa.

Presentación, D. Gumersindo y las niñas se mostraron conformes en dar á Alsacia y Lorena una prueba de simpatía, y entramos en el ancho restaurant, ocupado por numerosa concurrencia. En un án-

gulo del gran salón hallábanse reunidos en fraternal banquete los que cantaban la *Marsellesa* y brindaban por la gloria y la prosperidad de Francia. Eran obreros, procedentes de varios departamentos, enviados por diversas corporaciones á estudiar la Exposición. Su entusiasmo por la patria me conmovía profundamente, y uní mi aplauso al de los franceses, sintiendo en aquel momento más vivo en el corazón el amor á la mía, tan poco afortunada, pero más gloriosa que ninguna.

Por suerte hallamos mesa, y nos sentamos, gozando en la singular animación que allí reinaba, pero de pronto el rostro de D.<sup>a</sup> Presentación se llenó de sombras y en sus ojos relampagueó otra vez el enojo. Una alsaciana, de formas exuberantes, vestida lujosamente con el traje de su país, se había acercado sonriente é insinuante al bueno de D. Gumersindo, adivinando, con certero instinto, que él debía de ser el pagano, y se ponía á sus órdenes en términos muy corteses, presentándole la lista del *restaurant*. El ex-concejal la miraba como un bobo, y esto es lo que había provocado el enojo de Presentación, persuadida ya de que á su marido le entontecían las francesas, las guapas particularmente.

La buena señora me miró y me dijo:

—¡Jesús! ¡qué majaderos son algunos hombres!

—¿Por qué dice V. eso, amiga mía?...—le pregunté.

—¡Ay! lo he dicho sin querer, lo pensaba ahora,

no lo iba á decir... Hágame V. el favor de ver la lista, porque mi marido no entiende de eso. Y de un tirón le arrancó de la mano el papel para dármelo.

Don Gumersindo notó el efecto que había hecho en su mujer la presencia de la alsaciana, y procuró con gran empeño aparentar indiferencia, cogiendo los platos y enterándose de la marca del reverso, y mirando las charreteras de un capitán muy grande que comía en la mesa inmediata con una señora chiquitita, la que se bebía cada vaso de *grand ordinaire*, que seguramente el capitán habría de llevársela luego á casa en brazos.

Todavía no habíamos elegido, con mucha contrariedad de la alsaciana, los platos del almuerzo, cuando se levantó D. Gumersindo y dió un fuerte abrazo á cierto caballero, que sin duda buscaba mesa en el momento de encontrar la demostración de afecto del ex-concejal. El recién venido pareció regocijarse del encuentro, saludó á las damas, y D. Gumersindo pidió para él una silla, y nos le presentó diciendo:

—Mi íntimo amigo, D. Martín del Cubo, diputado á Córtes y propietario en Andalucía, persona de todo mi aprecio y estimación. Usted almorzará con nosotros, añadió el ex-concejal..... Mi señora y mis hijas y este amigo tendrán mucho gusto. Vamos á ver, ¿desde cuándo está usted aquí?

—Hace dos días—contestó el ex-diputado—y ya estoy aburrido.

—¡Hombre!—exclamó con asombro D. Gumersindo.

—Sí, señor, aburrido; esto es una feria, un barullo; esto no es formal.....

—¡Caramba!

—En parte no le falta á usted razón—observó D.<sup>a</sup> Presentación.

—¿No le parece á usted magnífica y sorprendente la Exposición?—me atreví á preguntar á aquel ente original.

—Nó, señor, ¿qué me ha de parecer?...

—¿Ha visto usted alguna mejor en otra parte?...

—Nó, señor, pero hasta ahora aquí no he encontrado motivo para que la gente se quede con la boca abierta de asombro y de estupefacción.

—¿Qué le parece á usted esta torre?—preguntó el ex-concejal.

—¡Hombre! esta torre—contestó el diputado con un aire impertinente—si no fuera tan grande y tan alta, y no tuviera tantas piezas, y tantos clavos, y los ascensores, y las fondas y *El Figaro*, no tendría nada de particular.

—En eso tiene V. razón.

La alsaciana había vuelto ya varias veces á recibir la orden para el almuerzo, sin que se la diera, y en su lugar vino un *garçon* muy serio con evidente intención de hacernos almorzar ó dejar el sitio para otros de los muchos que esperaban.

—¿Quieren ustedes—dijo el diputado—que yo disponga el almuerzo?..... Venga la lista.

Esto contrarió un poco á Presentación, pero no

se atrevió á reclamar su derecho á elegir los platos.

El otro escribió en un papel el *menú*, y lo entregó al camarero.

Poco después venía éste con una gran bandeja, donde traía el pan y los entremeses, seguido de otro que puso encima de la mesa dos botellas de agua de Vals, tres de Burdeos, dos de Sauternes y dos de Champagne.

Todos, menos el diputado, vimos con asombro todo aquel aparato. D.<sup>a</sup> Presentación se puso verde, y yo pensé que al bueno de D. Gumersindo le iba á salir por una friolera el almuerzo.

## V.

### EN LA TORRE EIFFEL.

Jamás he visto mujer más contrariada, mortificada y desesperada que D.<sup>a</sup> Presentación, durante el almuerzo con que nos obsequió D. Gumersindo en el restaurant de Alsacia y Lorena. Y la buena señora tenía sobrados motivos. El almuerzo, cuyo *menú* había elegido el diputado amigo del ex-concejal, era verdaderamente detestable.

Las señoras, y singularmente las señoras españolas, no tienen ciertamente afición á las comidas en fonda; por el contrario, muestran justificada prevención contra los fondistas y sus guisotes. No se dejan

ellas engañar por la forma en que presentan aquellos industriales sus manjares, y bien pronto las que saben y cumplen los importantes deberes de una mujer de su casa, descubren las malas artes con que en la fonda se hace sabroso lo insípido, fresco y lozano lo pasado y casi podrido, y se asombran de que sus maridos, tan escrupulosos y exigentes en el domicilio conyugal, se refocilen y relaman de gusto en las fondas, comiendo con delectación lo que luego les suele producir, por lo menos, una indigestión, que, gracias á los cuidados de la solícita compañera, no se convierte en una gástrica de las más peligrosas.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamaba D.<sup>a</sup> Presentación, cada vez que la alsaciana ponía sobre la mesa lo pedido por el diputado.—No comáis de eso, niñas. Esa salsa es muy sospechosa. Tendrá pimienta, clavo, nuez moscada, mostaza, demonios.

—¡Oh! esto es muy bueno—decía el diputado director del almuerzo.—En este punto sí que nos echan la pata los franceses—añadía, empleando un lenguaje impropio de un legislador, pero propio de un majadero ignorantón como él.—En España no sabemos comer.

—Usted será el que no sepa—replicaba Presentación, sin poderse contener—que en mi casa, que lo diga mi marido, se come muy bien, porque yo estoy siempre con cien ojos, y veo lo que hacen las muchachas en la cocina, y estoy siempre encima de ellas, y no las permito hacer porquerías.... ¡Jesús! si yo co-

miera esa carnaza con tanta especia me vería usted saltar hasta el techo. Digo, con la irritación que tiene una, y lo que á una se le pudre la sangre viendo ciertas cosas.... ¡Anda, hijo!—continuaba, dirigiéndose al marido—come, come de eso, bien rociado de pimienta.... Precisamente, para el humorcillo que tienes en la cara no hay medicina más recomendada que esa. ¡Bonito vas á volver á Madrid!....

—Señora, esto es gloria—observaba el diputado, metiéndose entre pecho y espalda los trozos de carne cruda bien *amostazada* y bebiendo sin medida.

Realmente, el almuerzo fué para D. Gumersindo y su amigo, que todo lo comieron y lo bebieron con la mejor voluntad, asegurando el último que, si bien era demasiado fuerte introducir en el estómago tan considerable cantidad de carne, pescado y marisco, todo aderezado con las salsas más exóticas, neutralizábase el efecto bebiendo vino é intercalando algún que otro vaso de agua de Vals, con lo que se eludía lindamente todo daño que pudiera producir el almuerzo, y sólo quedaba el gusto..... y el gasto, porque D. Gumersindo no pagó menos de 250 francos. Y aquí ya no pudo contenerse D.<sup>a</sup> Presentación, que empezó á echar por aquella boca pestes contra el *restaurateur*, y, lo que era más grave, contra Alsacia y Lorena. Por fortuna, no había por allí ningún patriota que entendiera el español.

—Señora—le dijo el diputado—no es caro, si se mira bien. ¿Usted sabe los gastos que tendrá el dueño del *restaurant*?... Además, hay que considerar que

hemos comido mucho y bebido de lo más caro y selecto.

—Sí, usted no lo ha hecho mal—dijo—y á mi marido le ha obligado á atracarse más de lo conveniente. Milagro será que no se ponga malo, porque éste, desde que está en París, ha olvidado la edad y los alifafes que tiene.

—Por mi parte—repuso el convidado—no he almorzado hoy más de lo que acostumbro. En mi casa se come muy bien..... ¿Sabe usted lo que yo gasto en comer cada año?.....

—No, señor, ni me importa.

—Pues pasa de seis mil duros.

—Comer es.

—Verdad es que en mi casa siempre está puesta la mesa para todo el mundo. A mí me gusta mucho comer con gente.

—Sí, eso ya lo he visto.

—¡Vaya!—interrumpió D. Gumersindo, temiendo que su mujer le iba á soltar alguna fresca al diputado, bien merecida por cierto, por ser el hombre fanfarrón, impertinente y mal educado:—¿nos lanzamos al tercer piso de la torre?

—Sí, sí, papá, vamos hasta lo último.

—Por mi parte, no tengo inconveniente en subir—dijo el diputado, aunque ya he dicho que no encuentro nada de particular en todo esto.—Mucho hierro y nada más. Y tampoco la vista desde la altura ofrece novedad para quien, como yo, ha subido en globo á 2 ó 3.000 metros.

—Yo no subo ahora—dijo Presentación, ni las niñas tampoco.—No será el último día que vengamos.

Don Gumersindo, que había recobrado, merced al exceso en la bebida, su airecillo de intrepidez é independencia, se empeñó en subir con el amigo, y allá se fueron los dos. Yo me quedé acompañando á Presentación y sus hijas, con el piadoso propósito de calmar á la buena señora, que no podía disimular el enojo contra su marido y contra el otro apunte.

Estaba furiosa.

Nos sentamos en uno de los bancos, y mientras las muchachas asomadas al inmenso balcón de la plataforma se deleitaban en la contemplación del incomparable panorama de París y de la Exposición, que, en honor de París debe decirse, más que internacional, es una Exposición esencialmente parisiense, la buena señora me hizo la confianza de las graves quejas que tenía de su marido.

—Ese hombre—me dijo—á quien V. ha conocido tantos años sesudo, prudente y discreto, ocupado en agenciarse algo más que un mediano pasar, siendo lo que se llama una hormiguita para su casa, era un marido modelo, obediente, sumiso, deseoso siempre de servirme y complacerme, y con esas buenas cualidades se hacía perdonar ciertas deficiencias de cultura, naturales y disculpables en quien no ha tenido mucho trato de gentes... Nunca me ofendió, que yo sepa, faltando á la fidelidad conyugal... Verdad es que ya habrá V. advertido que las eridas de mi casa

han sido siempre las más feas de la cristiandad, porque he tenido buen cuidado de elegir las espantables para prevenir toda contingencia, y porque sé de muchas señoras que se han encontrado á lo mejor con que sus propias doncellas y fregatrices eran sus rivales; que así son ustedes los hombres.

—Señora, permítame V. por mi parte protestar.....

—Bueno, será V. una de las excepciones de la regla. Mi marido también lo era..... Pero desde que hemos venido á París, en mal hora tuvimos este capricho las chicas y yo, mi marido es otro, sépalo usted; mi marido se ha desatado completamente, ha perdido todas aquellas cualidades conyugales tan dignas de aprecio, y estoy segura de que se agitan en su cerebro desequilibrado los pensamientos más criminales respecto de mí.

—Señora, por María Santísima.....

—Sí, señor, yo le estorbo, y sus hijas también, pero yo particularmente. Aquí es donde él ha observado que existen en el mundo más mujeres que la suya, y la suya le parece menos encantadora que las otras. Después de veinte años de matrimonio, en que no pasó por su imaginación la idea de galantear á mujer alguna, el pobre hombre ha venido á dar en este infierno de París, lleno de diablos con faldas, y se ha vuelto loco, y acaso lamenta como tiempo perdido esos largos años de vida conyugal sin sorpresas ni emociones, y envidia á los que viven en la independencia y el desenfreno de este mundo parisiense. Ya

sabe usted que en el camino encontramos por nuestra desgracia dos señoras, ¡señoras!... que con su distinguido porte y su elegancia nos engañaron de medio á medio. Confieso mi falta, yo las creí todo cuanto nos dijeron, yo las supuse damas de gran linaje, y con verdadero regocijo acepté el ofrecimiento de la casa de la tía de una de ellas, una marquesa, un pendón, ¿sabe usted?..... y á esta casa nos llevaron aquellas dos grandísimas..... ¡Dios me perdone lo que iba á decir!

—Ya conozco á la indivídua. Parece una mujer muy corrida.....

—Corrida es poco. Un demonio. ¿Sabe usted que mi marido ha estado á punto de entrar con ella en la empresa del establecimiento de una agencia de matrimonios?..... Le pintaba el negocio como una mina de oro acuñado, y el pobre hombre, que siempre está soñando con los negocios, y los ha hecho muy buenos sin meterse á casamentero, iba ya á soltar no sé cuántos miles cuando yo lo desbaraté todo. ¿Usted sabe?..... Una noche que las chicas y yo fuimos, acompañadas de aquellas á quienes creímos unas señoras, á un teatro donde cantaban, con gran regocijo de la concurrencia, eso que llaman *couplets*, cuando volvimos á casa me encontré con que mi marido, que se había quedado indispuerto, estaba cenando con la *marquise*, y con otras mujeres desconocidas, y también había hombres, uno de ellos un inglesote, borracho perdido, y Gumersindo..... también estaba medio, medio....

En fin, una orgía, en la que se quiso que tomáramos parte, y uno de aquellos caballeretes se atrevió á cogerme por la cintura, que no sé cómo no me dió un accidente..... y me alegré de que no me diera, porque no le habría podido soltar la bofetada que le sacudí.....

—Estaría borracho.

—¡Oh! nó señor, aquel tunante no lo estaba. Y eso sí, era un buen mozo.....

Entonces conocí dónde nos habíamos metido por tontas, y me empeñé en salir de semejante casa. Y Gumersindo no quería. La *marquise* le había engolosinado con la ganancia de la empresa de matrimonios, le había hecho creer que iba á casar á mis hijas con dos americanos millonarios, y Dios sabe cuáles serian las intenciones de aquella mujer diabólica. No he podido conseguir que mi marido me diga la cantidad que tuvo que darle por los días que estuvimos en su casa; pero sé que pagó también por las otras dos buenas pécoras. A usted se lo dirá todo mi marido. Lleva gastado un dineral.

—¿Y qué sucedió después de la bofetada?.....

—Un escándalo. Dije á toda aquella gente las verdades del barquero, y se disolvió la reunión..... Hasta los hombres me tenían miedo, suponiendo si llevaría la navaja en la liga.....

—¿Y D. Gumersindo?.....

—¡Ah! D. Gumersindo, asómbrese usted, queriendo convencerme de que cogerme por la cintura no era un atentado tan grave como yo creía..... ¡Qué marido!

¡qué hombre! Parece imposible que hasta ese extremo haya perdido la vergüenza.....

Y en este punto de la conversación vimos al ex-concejal que con su amigo acababa de bajar del piso tercero de la torre. Despidióse el amigo muy de prisa, proponiéndose descender por la escalera por no poder esperar para bajar en el ascensor, y D. Gumersindo con la cara muy apretada, se unió á nosotros.

—Parece que baja usted poco satisfecho—le dije. —¿Qué ha visto usted arriba?

—He visto la mayor desvergüenza que puede usted imaginarse. Me han dado un sablazo.

—¿Quién ha sido el agresor?..... ¿El amigo que ha almorzado con nosotros?.....

—Sí, señor; me dijo que mientras llega la letra que espera de su casa, necesita 500 francos..... y no he podido excusarme.... Cuando pagué en la fonda me vió sacar la cartera, y no podía decirle que no llevaba dinero.

—Vamos, observé, ya no dirá que no ha encontrado en la torre nada de particular, puesto que ha encontrado 500 francos á 276 metros y 13 centímetros de altura.

## VI.

### SERES FELICES.

Gracias á su privilegiada naturaleza, á sus anchas tragaderas, como de concejal, y á su costumbre de

atracarse enormemente, habría podido, á no dudar, el insigne D. Gumersindo digerir sin consecuencias el almuerzo del restaurant Alsacia y Lorena, con aquellas salsas picantes que le dejarían la boca lo mismo que si hubiera blasfemado, y aquella peligrosa mezcla de *grands vins* que pidió el amigo convidado; pero el sablazo que de éste recibió en lo alto de la torre, no acertando á evitarlo, él tan práctico en huir el bulto, influyó por tan violento modo en su organismo, que cuando descendimos de la altura el pobre hombre, bajo la pesadumbre del golpe de 500 francos, mostraba con toda claridad en el nublado semblante el profundo trastorno que súbitamente había experimentado en su *economía*.

Con decir que D.<sup>a</sup> Presentación, enojadísima con su marido, se alarmó viéndole en tan mala disposición, basta para que el lector imagine qué aspecto presentaría el ex-concejal.

—Yo estoy muy malo, me he puesto muy malo— decía, y un color se le iba y otro se le venía, y sudaba y se agitaba como quien siente gravísima molestia.

Por suerte, recordé que en la Exposición había varios *postes de secours*, y llamando á un chino adolescente, aunque feo, que tiraba de un *fauteuil roulant* desocupado, hice que lo ocupara el paciente, é indiqué al conductor á dónde era preciso llevarle, escoltándole su mujer, sus hijas y yo, en medio de la muchedumbre, por entre la que difícilmente se abría camino el chino. Si éste hubiera sabido hablar en cas-

llano, y los que nos rodeaban lo hubiesen entendido, habría podido gritar: «Paso, que mancho,» diciendo la verdad, porque el ex-concejal.....

Doña Presentación, en medio de su inquietud por el estado alarmante de su marido, exclamaba:

—¡Anda, anda! bien empleado te está por convidar al amigote. ¡Y ese es un diputado! ¡Válgame Dios, qué diputados cría la Naturaleza! ¡Qué vergüenza! ¡Venir á París un hombre formal, un padre de familia, para que le lleven á la casa de Socorro en un carretón tirado por un adefesio!... ¡Si yo no enfermo del susto y del sofoco será milagro!

—Calla, mamá, que nos ve la gente—observaba una de las hijas.

—No apures á papá más de lo que está—añadía la otra.

—*Regardez, messieurs et dames*—decía un chusco—*c'est un allemand aviné.*

—*Il faut l'abimer, l'allemand*—agregaba otro.

—*C'est un espagnol*—me apresuré á decir á los que se acercaban—*pas aviné, messieurs, malade, malade.....*

—*Ah! ah! ah! espagnol.*

—*Voilà l'hidalgo de las Asturriás.*

—*C'est le grand papá de D. Lagartijó*—gritó otro chusco, más chusco que el otro.

Y la gente se arremolinaba y no dejaba andar al chino. Por suerte, un par de individuos de la policía

bastó para separar á los curiosos, y que pudiéramos llegar al *poste de secours*, donde un doctor joven, muy risueño, se hizo cargo del que ya todo el mundo llamaba el abuelo de Lagartijo.

Véase un número de la edición del *Figaro*, impreso en la segunda plataforma de la Torre Eiffel, en que se refiere el suceso con pelos y señales.

Mientras el doctor prestaba solícito los auxilios de la ciencia al fardo que le habíamos llevado, fuíme á dar una vuelta por la Exposición, prometiendo á mis amigas volver dentro de hora y media, tiempo que creyó el Esculapio bastante para poner á D. Gumer-sindo en disposición de trasladarse al hotel.

Llego á los primorosos jardines bajo la torre, y cansado del viaje que hice escoltando á D. Gumer-sindo, me dirijo á sentarme en un banco, en el que, por suerte, encuentro personas conocidas, una pareja muy interesante, los dos seres más venturosos, á no dudar, entre la multitud que se halla en aquel momento en el anchuroso recinto de la Exposición. El es un joven madrileño, pintor, que empieza su carrera, y ella hija de cierto banquero vicioso y extravagante.

Conozco mucho al joven, y siempre me ha interesado por su gran inteligencia, su entusiasmo por el arte á que se consagra, y su carácter alegre.

Después de los saludos de costumbre, me dice, comprendiendo mi sorpresa:

—¿Se asombra V. de verme tan bien acompañado?... Sepa V. que somos marido y mujer.

—¡Ah! felicito á ustedes, amigo mío.

—Gracias—contestó ella, con una sonrisa encantadora.

—No sabía—digo á Pérez, le llamaré Pérez—que hubiera V. alcanzado la felicidad tan pronto.

—Amigo, querer es poder. Pues de mi boda se ocuparon los periódicos...

—¿Sí? no he leído nada...

—Sí, señor, los periódicos anunciaron que una señorita, hija del opulento banquero R..., se había fugado de la casa paterna, con un joven artista. Esta es ella, y yo soy el joven aspirante de aprendiz de artista..... Si no tiene V. prisa, le contaré nuestra odisea, y acaso le pueda servir de asunto para un artículo.

—Con mucho gusto.

—Sepa V. que ví á ésta una noche en Lara, y el corazón me dijo: «Esa es tu media naranja.» En su semblante, siempre bello, pero más bello ahora que entonces, había una sombra de melancolía, de tristeza, que me interesó profundamente. Rosell decía en escena los más graciosos disparates, que hacían reír á carcajadas al público, y élla, sólo esta pícara, no se reía, con lo que me pareció evidente que algún grave pesar la atormentaba. Estaba con un señor, que era su padre, y con una señora muy maja. Cuando se acabó la función salieron del palco, yo esperé abajo, y salí detrás. Pero el señor, la señora y la señorita se metieron en un coche, y me quedé allí con la boca abierta. Vol-

ví á entrar en el teatro y pregunté al acomodador de los palcos, quien me dijo el nombre y apellido del banquero, por donde ya me fué fácil saber en qué sitio residía la que desde aquella noche era señora de mis pensamientos. Sería muy largo contar cómo llegué á ponerme en comunicación escrita y telefónica después con mi amada. Al mes de conocernos ya nos habíamos jurado amor eterno quinientas veces, y había pedido yo esta mano, que ahora es mía, al opulento banquero, que me la negó bonitamente á pretexto de que un artista es un sér inferior, con muchas ilusiones y ningún dinero. «Si mi hija—me dijo—quiere casarse con usted, allá se las avenga, yo no le doy un cuarto; usted verá cómo la mantiene, y ella verá si tiene fortaleza bastante para cambiar todas las ventajas que disfruta á mi lado por la miseria que la espera con un aprendiz de pintor, dueño de un gran caudal de amor y de ninguna otra cosa.....» En fin, que ésta tiene mucho carácter, que no podía tolerar más tiempo á la madrastra, una mujer de borrascosa historia, y que había hecho sufrir grandes amarguras á la madre amantísima, que fué una santa, y seguramente murió más pronto por el desamor del infiel marido, de quien era entonces manceba la que es hoy legítima esposa..... Y nos fuimos, y nos casamos, y con el poco dinero que tenía yo reunido nos vinimos á pasar la luna de miel en París, con billetes de ida y vuelta en tercera clase, valederos por doce días. ¡Qué viaje en tercera, tan delicioso, el que hicimos de Ma-



drid á París! El coche venía lleno de gente, y puedo asegurar á usted que ni vimos á nadie, ni nadie nos estorbó, ni siquiera notamos la incomodidad de cuarenta y ocho horas de duro asiento..... Yo estaba ya acostumbrado á todo linaje de molestias y estrecheces, pero esta valiente y animosa mujercita mía, que ha tenido coche y viajado siempre en *sleeping-cars*, ha demostrado una fortaleza tan grande, que sólo el amor la puede prestar á una criatura tierna y delicada como es ella. Llegamos á París con poco equipaje y con mi caja de colores y pinceles y cuatro ó cinco cuadritos en la cartera, y, ¡asómbrese usted! á los seis días ya había vendido los cuadritos por muy poco, eso sí, pero el que me los compró, un viejo que debe ser muy ladino, me dijo, mirándome por encima de los cristales de sus antiparras: «*Vous irez loin, mon jeune-homme, si vous aimez le travail.*» Ese mismo traficante en cuadros me ha proporcionado un cuartito en un sexto piso, pero muy alegre y con mucho sol, por dos francos al día..... Y, en fin, sepa usted que he vendido los billetes de vuelta y nos quedamos en París. En cuanto pueda, que no tardaré mucho, haré venir de Madrid la única persona que allí me interesa, mi madre, una viejecita que no ha soñado jamás ver París, y aseguro á usted que entonces no habrá en el mundo nadie más feliz que esta compañera mía, mi madre y yo. Tengo juventud, buena salud, amor á mi mujer y á mi madre, y entusiasmo por el arte, y estoy seguro de llegar á ser algo, con

la ayuda de Dios, en este gran pueblo, donde el que trabaja con inteligencia no se muere de hambre y donde el arte siempre es apreciado y comprendido. En Madrid tuve tres meses expuestos en una tienda céntrica los cuadritos que he vendido aquí, los vió todo el mundo y nadie los compró. El autor era desconocido. Allí se pierde la fe; no hallando estímulo, el ánimo decae y la más fuerte voluntad desespera y se confiesa vencida. Aquí, en la lucha por la existencia, se puede lograr el triunfo, que es el bienestar de la vida, el pan seguro, la ancianidad reposada y rodeada de respeto; allí, en esa lucha, si no se sucumbe en la obscuridad, en medio de la indiferencia ó perseguido por la envidia, se vive siempre pobre, siempre con la angustia de hoy y la incertidumbre de mañana, y se llega á la vejez sin pan, sin fortuna que dejar á los hijos, y solamente cuando se muere es cuando los demás prodigan alabanzas y loores en derredor del muerto, y saca la prensa á relucir todos los *clichés* de costumbre en tales circunstancias, y se le cuelgan del féretro unas coronas, con que luego se da bombo el florista que las hizo, y acaso se le paga el entierro y se echa un guante para la familia, que produce tres ochavos y medio. Aquello es una miseria.....

—Algo exajera usted, amigo mío—observé al animoso joven tan entusiasta por el Arte como por su mujer;—pero vivamente deseo que realice todas sus esperanzas halagüeñas: tiene usted talento y voluntad, y con estas dos cualidades se va lejos, como di-

ce el viejo que le compra los cuadritos. Tendré mucho gusto en que, andando el tiempo, sea usted un Pradilla, ó un Madrazo, ó un Moreno Carbonero, y sobre todo un Martín Rico, quien sobre ser un grande artista, popularísimo en Francia y en Italia y en todo el mundo artistico por sus incomparables talentos, es el único de los artistas que jamás podrá dejar de ser *Rico*.

Muy agradablemente pasé una hora con este joven matrimonio, envidiando su alegría, sus esperanzas y sus ilusiones generosas. Díjome el artista que ganaba un día con otro diez francos y gastaba ocho.

—Con ocho francos vivimos en París como unos príncipes sin otra diferencia que la de no tener coche ni cocinero. Dos días cada semana venimos á la Exposición y todo lo examinamos minuciosamente, todo menos aquello que cuesta dinero, que eso ya lo veremos cuando podamos hacer alguna mayor economía. ¿Sabe usted cómo hemos subido á la Torre Eiffel? Mediante un permiso especial de este señor ingeniero. Le envié una tarjeta, en la que pinté la Torre, y al pié un muñeco y una muñeca que la contemplaban, y puse debajo: «*Hommage à M. Eiffel d'une couple espagnole que voudrait monter la-haut, et ne possède les dix francs.*» Y no olvidé añadir las señas de nuestro domicilio, creyendo firmemente que el famosísimo Eiffel me contestaría, porque modestia aparte, el dibujo que hice de la Torre resultaba muy bonito, ¿no es verdad, mujercita?..... En efecto, el día siguiente recibí el permiso que verá usted, porque siem-

pre le llevo conmigo, con el autógrafo del grande hombre, con cuyo permiso subimos á la Torre cuando queremos. Por supuesto que ya nos hemos presentado á M. Eiffel para darle gracias, y nos ha recibido con el mayor agrado, ofreciéndonos su amistad y excitándome á trabajar, utilizando mis buenas disposiciones.

—Mire usted—dijo la encantadora esposa—cortos de genio no somos.....

—Ya lo veo.

—Ahora estamos discuriendo—añadió el joven pintor—porque yo todo lo discuro con ésta, qué alegoría le voy á pintar á M. Carnot, para regalársela, sin pedirle nada, por supuesto, por ahora.

—Sí, esa es la mejor manera de hacer regalos.

Y siendo ya hora de ir á cumplir mi promesa á la familia Espinilla, me despedí del pintor y su mujer, contento y satisfecho de haber saludado á los seres más dichosos de la tierra en aquellos momentos.

## VII.

### ESPAÑALES EN PARÍS.

Ya estaba repuesto Espinilla de su indisposición, y así hubiera querido él reponerse del sablazo que, hallándose en lo alto de la torre, le dió el amigo con premeditación, alevosía y ensañamiento: y cuando llegué al *poste de secours* donde le había dejado en

poder de la ciencia y de la esposa y las hijas, despediase del profesor la apreciable familia, y siguiendo prudente consejo facultativo, disponiase á regresar al hotel del *faubourg* Montmartre en que se hospedaba, porque á D. Gumersindo le convenia por de pronto absoluto reposo.

Salimos de la Exposición, y por suerte hallamos sitio en un ómnibus que pasaba. El pobre Espinilla estaba sumamente alicaído, y no era el caso para otra cosa, porque la esposa amante, desde que le vió fuera de peligro inmediato, empezó á sermonearle, reprendiéndole con tan punzantes frases y con tan duras calificaciones, que forzosamente habían de herirle y avergonzarle, bien que, sea dicho en confianza, no ha sido nunca el ex-concejal muy puntilloso que se diga, ni la vergüenza le ha estorbado jamás. Y la airada consorte, aunque perfectamente comprendía el efecto que hacían en el marido sus recriminaciones, continuaba implacable, reprochándole enérgicamente la flaqueza de que había dado vergonzoso testimonio en el *restaurant* bebiendo de aquellos vinos, hasta el extremo de embriagarse y ponerse en el estado en que le quiso ver el amigo sablista para sacarle los 500 francos.

—¡Tiras el dinero dándolo á un amigote para sus vicios—decía Presentación á su marido—y si tu mujer y tus hijas compran un bote de pomada ó un paquete de horquillas ó una caja de polvos, te quejas y te lamentas como si te lleváramos á la ruina en dere-

chura! Pero ¡qué tonta soy! Cuando tú le has dado ese dinero, será porque tienes con él alguna obligación..... ¿quién sabe lo que habrá entre los dos?..... ¡Jesús! ¡qué hombres! ¡qué maridos! ¡qué amigos! Si, que le hubieras dado tú dos mil reales, ni él te los hubiese pedido no habiendo entre los dos algún secreto..... El sabrá bien tus líos y tus trapisondas, y, claro, eso es lo que te resulta de no tener limpia la conciencia, que has de estar á merced de tus cómplices y encubridores.....

—Señora—interrumpí á Presentación cada vez más excitada contra el marido—es usted injusta con don Gumersindo, á quien he considerado siempre marido ejemplar.....

—Usted responda de sí mismo, si puede, y no responda de los demás. Lo que es mi marido ya lo sé bien, un hipócrita como otros muchos..... ¡Para fiarse de ellos!..... El que más santo parece suele ser un demonio del infierno..... ¿No conoció usted al Barón de la Teja?..... ¿Ha visto usted hombre más formal, más serio, más feo, más moral y más intransigente con todo el mundo?..... Pues cuando se murió, hace dos meses, se descubrió que estaba casado con dos señoras, quiero decir, con dos mujeres... Después de este ejemplo, ¿quiere usted que alguna mujer tenga confianza en su marido?.....

Don Gumersindo callaba como un difunto, y los franceses que ocupaban los demás asientos del ómnibus miraban con curiosidad á Presentación, sintiendo,

sin duda, no comprender lo que decía. Las niñas, acostumbradas á oír á su madre reprender al paciente esposo, no parecían interesarse mucho en la cuestión, y una de ellas, sentada al lado de un inglés rubicundo, se ponía muy colorada, porque el vecino le decía con la más cómica gravedad, según ella nos contó después:—*¡Olè, señerrita, olè! ¡viva tua marre!*

Llegamos al hotel, y D. Gumersindo aprovechó un momento en que Presentación hablaba con sus hijas, para decirme: «No se vaya usted, por Dios. Suba con nosotros.» El hombre tenía miedo á su mujer.

Subimos ¡y qué subida! Más alto que la torre Eiffel me pareció el piso quinto del hotel donde tenía sus habitaciones la familia Espinilla. Ocupaba un cuartito que parecía un pasillo y que el fondista llamaba *salón*, y dos alcobas, en cada una de las cuales no cabía más que una cama. Es decir, que el matrimonio dormía en una y en la otra las hijas. Jamás he visto una familia más estrechamente instalada que la del ex-concejal. En el *salón* no se podía dar un paso; allí estaban los ocho mundos traídos de Madrid por exigencia de Presentación y sus hijas, y sobre estos mundos había cajas, cestas, sombrereras, y paraguas y sombrillas, una impedimenta de tanta consideración, que no parecía sino que allí se alojaba una embajada marroquí.

—Siéntese usted—me dijo D. Gumersindo—encima de un mundo, porque aquí no caben sillas.

—Ya lo veo.

—Hemos traído estos mundos—añadió—por gusto de que les dé el aire, porque del contenido de la mayor parte de ellos no hemos tenido hasta ahora necesidad. Volverán á Madrid sin haberlos abierto. Y volverán pronto—dijo severamente—no más tarde que mañana, porque ya estoy harto de París, y mañana nos vamos.

—¿Mañana, papá?....—preguntó una de las niñas.

—¡Sin ver nada!—dijo la otra.

—Bastante hemos visto—observó el padre—habiendo visto la torre.

—Ya lo creo que hemos visto bastante—dijo Presentación;—yo no hubiera querido ver lo que he visto, y después de lo que he visto hoy, ya nada me queda que ver.

—¿Hay permiso?.....—preguntó con acento muy español un prójimo entreabriendo la puerta del salón.

—¡Adelante!—dijo D. Gumersindo.

Y se presentó un hombre de unos treinta y ocho años, de buen porte, que traía una gran caja.

—¿La señora de Espinilla?—preguntó.

—¡Ah! sí, las frioleras que hemos comprado esta mañana en los almacenes del Louvre.

—Eso es, las frioleras. Y la factura con el recibí en toda regla—añadió el hombre.

Y alargó el papel á D. Gumersindo.

—¿Estará todo?—preguntó una de las chicas, y se dispuso á abrir la caja, en lo que le ayudó el que la había traído, desatando los cordones.

—¿Usted es español?...—le dijo D.<sup>a</sup> Presentación.

—Sí, señora, de pura sangre: y aunque me ve usted así, no crea usted que este es mi oficio. Y la conozco á usted y á su marido de usted. En Madrid los he visto muchas veces, cuando vivían ustedes en el barrio de Argüelles, y el señor era concejal, que no sé si lo será todavía.

—Nó, señor, nó; ya no lo soy—se apresuró á decir el aludido.

—Así es que cuando ví en el almacén entre los nombres de los compradores á quienes había que llevar hoy los géneros, el de Espinilla, me encargué de traer esa caja porque «si es la señora que yo conozco, me dije, le voy á pedir un favor,» suponiendo que ustedes han venido por unos días, y se volverán á Madrid.

—Sí, señor, volvemos á Madrid.

—Pues bien, señora, aquí traigo esta toquilla de lana—y sacó del bolsillo de la cazadora un paquete; —ya ve V. que no abulta ni pesa nada, y quisiera que se la entregara V. á mi madre, que irá á buscarla donde V. me diga. La he comprado en el almacén donde sirvo, y es un regalo que envió á la pobre vieja. Mi madre vive en el barrio de Argüelles, con una familia que la tiene recogida desde que yo me vine. En el paquete están las señas de su casa, pero ella irá á casa de ustedes. Y dígame V. que me ha visto y que estoy bueno y contento, y que no se apure, y que pronto me verá en Madrid, y no me verá de sim-

ple subteniente, sino de coronel, ó de teniente coronel, lo menos.

—¿Era V. subteniente?—le pregunté.

—Sí, señor; yo me vine con Casero.

—¿Con el casero se vino V....?—le preguntó don Gumersindo asombrado.

—Con el casero nó, con el capitán Casero, sí, señor... Escapamos como pudimos, y no pueden ustedes figurarse los trabajos que he pasado. He estado en Portugal, en Oporto, y no encontré allí donde ganar un *rei*; y con mil trabajos, haciendo oficios á que no estaba acostumbrado, pude venir á esta gran ciudad, donde al cabo he hallado colocación en los almacenes del Louvre, ganando tres francos al día.

—¿Y cree V.—me atreví á decir al simpático emigrado—que va V. á volver á Madrid con el grado de coronel, ó de teniente coronel, lo menos?...

—Sí, señor; digo, D. Manuel me lo tiene prometido.

—¡Ah! pues si se lo ha prometido D. Manuel..... Pero yo, en lugar de usted, no estaría muy seguro de que se realizara tan bella esperanza.

—Mire usted, á veces me acomete un verdadero desaliento, y doy la razón á mi madre, que la pobre, lo mismo que usted, tampoco cree lo que le digo respecto de mis ventajas futuras; y ¡qué diablo! más arrepentido estoy de aquella calaverada..... pero ya no hay remedio, y la negra honrilla me detiene aquí; y luego, que si fuera verdad que D. Manuel..... Mire

usted que eso de ser coronel, ó por lo menos teniente coronel de un golpe..... Sin embargo, el recuerdo de mi pobre madre me aflige, y muchas veces me espanto de mí mismo, pensando en ella, porque eso de hacer padecer tanto á una pobre vieja, que no tiene en el mundo otra felicidad que yo, es, lo conozco, una crueldad muy grande..... Cuando después de una larga separación, todo el tiempo que fui soldado, y cabo, y sargento, la llamé, y la saqué de nuestro pueblo al ascender á alférez, para que viviera conmigo, y me cuidara y me sirviera, volvióse loca de alegría, aunque en mi determinación más había egoismo que otra cosa; y ¡qué poco le duró la alegría de vivir conmigo para cuidarme y servirme!..... Aquella noche fatal de la sublevación le dije: «Madre, si no vengo esta noche, no tenga usted cuidado, que tengo que hacer.» Y se quedó tan confiada, tan miserablemente engañada..... y no me ha vuelto á ver. Y vive la triste en la mayor penuria por mi culpa.

—Mientras usted, despojado del hermoso uniforme del ejército español, espera aquí, sirviendo en clase de mandadero en un almacén, que D. Manuel le haga teniente coronel.....

—Sí, señor.....

—Creo yo, y perdone que se lo diga francamente, que habría sido mejor para usted y para su madre que hubiese usted esperado llegar á ese grado en su carrera, sin separarse de las filas y de sus deberes. Y mire usted, probablemente hubiera llegado antes que

por el camino que tomó aquella noche que usted mismo llama fatal.

Doña Presentación, que, en puridad, es una buena señora, y siendo madre no puede ser indiferente á las desgracias de otra madre, ofreció al mandadero de los almacenes del Louvre llevar ella misma en Madrid á la viejecita el recuerdo de su hijo, y consolarla y hacer por ella cuanto pudiera, con lo que se fué el ex-alférez muy agradecido.

Hablóse un poco del infeliz emigrado que acababa de salir, mostrándose D.<sup>a</sup> Presentación muy compadecida de la anciana madre, que, por una calaverada del hijo, había quedado en el mayor desamparo; y D. Gumersindo, recordando sin duda sus buenos tiempos de patriotería de hace veinte años, en que él pertenecía á Juntas de salvación y de armamento, y fué capitán de una compañía de voluntarios del barrio, y hasta pidió cabezas de reaccionarios y la supresión del clero, y mangoneó y entró y salió en clubs y asambleas, con lo que fué preparándose para la concejalía, quiso justificar la conducta del ex-subteniente, diciendo que por la opinión política, sincera y firmemente profesada, han de hacerse los mayores sacrificios, aunque se pierda la fortuna y la vida y se deje á la familia á perecer.....

—No quiere decir esto—añadió—que yo participe ahora de las opiniones de ese militar emigrado, ni sea un revolucionario como él..... Yo no quiero ya revoluciones, no quiero motines, ni que el pueblo tenga ar-

mas, ni siquiera que baje el papel al precio á que yo lo compré hace diez y ocho años, qué estaba por los suelos; pero me gusta ver un hombre consecuente, aunque no piense como él, que se sublevó, y sigue sublevado y expatriado, firme en sus ideas, en sus principios, aunque sean erróneos, y sin renunciar á sus aspiraciones, que creará patrióticas.

—Pero, hombre de Dios—le dije—y perdone usted la franqueza, si su aspiración es, bien claro lo ha dicho, saltar de alférez á teniente coronel..... Pero no hablemos de esto.

Y por variar de conversación pregunté á Presentación si habían hecho muchas compras en París.

—Poquita cosa—me contestó.

—¿Poquita cosa?—repitió el marido.—Pues, hija, las cuentas no importan poquita cosa. Aquí tiene usted esta factura que ha traído el alférez, pagada esta mañana en los almacenes del Louvre, que importa mil francos y pico, y es la que hace el número veinte de las que ya tengo reunidas. ¡Pues si no hemos hecho otra cosa que hacer compras! ¿Ve usted estos ocho mundos? Pues necesitaremos dos más para volver á Madrid.

—Lo que dije antes—interrumpió Presentación:—cuando se trata de su mujer y de sus hijas, todo gasto le parece excesivo á este hombre.

—¿Y qué han comprado ustedes en el Louvre?

—Pues unos abrigos con manga paje para las chicas, y con manga judía para mí, y unos vestidos en

corte. Hijo, pero ¡qué caros! tan caros como en Madrid, y no crea usted que mejores que nos los hubieran hecho en la calle de Espoz y Mina. Sólo por llevar algo de París los hemos comprado.

—Las que están más baratas son las plumas—dijo una de las chicas.

—¿Han comprado ustedes plumas de escribir?

—Nó, hombre, plumas para sombreros, y grupos de flores.

—Esa caja grande que ve usted en aquel rincón—dijo D. Gumersindo—toda está llena de plumas, y creo que pesa unos cuarenta kilos. ¿Habrá plumas? Hay para surtir á todo el mujerío elegante de Madrid. Pues ¿y perfumería?... Usted es un amigo, y se le puede decir: llevamos perfumería para poner una mejor surtida que la de Fortis. Mi mujer puede teñirse el pelo cada día de un color; las aguas que lleva para suavizar el cutis, quitarse las pecas, rejuvenecerse y hermostearse son innumerables; y no digo nada de los elixires, opiatas y enjuagatorios para la hermosura y conservación de los dientes; y las esencias, jabones, polvos, cepillos, pomadas, aceites, peines y peinetas, y cien mil extrañas invenciones..... cuyos nombres no aprendería el insigne Menéndez Pelayo en toda su vida con poseer tan prodigiosa memoria.

—Todas son cosas precisas—observó Presentación.

—Y usted ¿qué se ha comprado, amigo D. Gumersindo?

—Yo también me he excedido; he comprado un medio centenar de fosforeras de níquel con la torre Eiffel, para regalar á los amigos de Madrid. Entre ellas está la que á usted le tengo destinada. A real y medio la pieza en la fábrica.

—Muchas gracias. Y vamos á ver, ¿qué han visto ustedes en la Exposición?

—La torre.

—Pero en tantos días, ya habrán ustedes visto más que la torre.....

—Nó, señor, no he visto más, si hemos de decir la verdad. Y sepa usted que hay mucha gente que viene, ve la torre, sube al primer piso, y luego se va sin ver otra cosa.

—Si fuera con nosotras—dijo la menor de las hijas—persona que nos guiara en aquel delicioso laberinto.....

—Yo me ofrezco á prestar á ustedes este servicio, pero con una condición.

—¿Cuál, cuál?

—Que D. Gumersindo y D.<sup>a</sup> Presentación no han de tener, durante la visita, la más ligera discusión, ni han de recordar hechos pasados é historias añejas.

—Por mi parte—dijo D. Gumersindo—prometo ser tan prudente como he sido hoy.

—Yo no prometo nada—dijo la esposa;—procuraré contenerme.

—En cuanto empiece entre ustedes una discusión un poco agria, los dejaré abandonados á su suerte—dije.

Y todos conformes, nos despedimos hasta el día siguiente, á las siete de la mañana.

### VIII.

#### MÁS ESPAÑOLES EN PARÍS.

A la hora convenida hallábame en la puerta del hotel esperando que bajasen D. Gumersindo y familia. Las chicas fueron las que bajaron, media hora después, suponiendo que ya estaría yo allí, para explicarme la mayor tardanza de papá y mamá. El primero estaba esperando unas botas compradas á un *cordonero* de enfrente, según la frase de la más adelantada en lengua francesa, que no podía comprender cómo á un zapatero se le llama *cordonnier*.

—¿No le parece á V. que sería más propio decir *zapatier*?—me preguntó cándidamente.

—Puede V. enviar—le contesté—una comunicación á la Academia Francesa, que ahora precisamente se preocupa de introducir algunas reformas en el idioma, proponiéndole esa, y puede que la acepte.

Y en esto vimos entrar en el hotel un chico que traía en la mano unas botinas enormes.

—Ya están ahí las botas—exclamó la mayor de las muchachas, viendo al portador.

En efecto, eran las botas de mi amigo, que, por parecerle algo estrechas, las había dejado en casa del constructor metidas en las hormas con objeto de ensancharlas.

Un cuarto de hora después descendió D. Gumersindo, ya repuesto enteramente de su indisposición del día anterior y luciendo las botas nuevas, que, según dijo á sus hijas, ya *habian dado de sí*. Preguntéle por la señora y díjome que no tardaría en bajar, habiéndose retrasado por haber resuelto vestirse un poco más y mejor que de ordinario, lo que le obligaba á emplear mayor espacio de tiempo en el atavío de su persona. Y efectivamente, media hora no habría pasado cuando Presentación se presentó primorosamente aderezada, que no parecía sino que iba á las ocho y media de la mañana á la apertura de Cortes ú otra solemnidad por el estilo.

—Hijo—me dijo—un poco temprano es para vestirse una así, pero ya estoy vestida para más tarde sin necesidad de volver á casa. Hay aquí mucha gente de Madrid, que nos conoce, y no puede una ir hecha una visión.

—Está usted hermosísima—la dije;—pero ese vestido de raso azul podrá ser que vuelva con lamparones á casa, porque en medio de las apreturas en que nos veremos hay grave peligro de un percance.

—¡Ah! mire usted, precisamente iba á decir que no voy á ninguna parte donde haya apreturas.

—Para eso—dijo D. Gumersindo—hubiéramos debido pedir á la Dirección de la Exposición que hoy no se permitiera la entrada más que á nosotros y á las familias Reales que se hallen de paso en París.

—Calla tú—repuso D.<sup>a</sup> Presentación.—Yo me vis-

to por decoro y honra tuya. Valiera más que en vez de censurarme.....

—Señora, ya dije á usted ayer euando nos despedimos que hoy no había de suscitarse cuestión alguna entre usted y su estimable esposo.

—Yo, si él tiene prudencia.....

—Eso digo yo—replicó D. Gumersindo—si tienes prudencia, si puedes hacer el favor de tener prudencia....

Habíamos llegado ya al boulevard de los Italianos, y á D. Gumersindo le pareció oportuno que tomáramos café ó chocolate en el café Riche. Las chicas se habían adelantado y ya iban cerca de la *Maison dorée*, con lo que D. Gumersindo hubo de echar una carrerita para hacerlas volver atrás. Y luego que nos reunimos, ocupamos una mesa de las que están en la acera, no decidiéndose Presentación á sentarse hasta que el camarero le limpió esmeradamente la silla, y ella tomó otras precauciones muy del caso para evitar manchas en el flamante vestido, y el peligro de que la falda *cogiera arrugas* (así dijo con poca gramática); pero á pesar de prevenirse contra toda contingencia, no estaba la señora tranquila, y apenas sentada, se levantó, prefiriendo estarse en pié, recomendándonos que despacháramos pronto el desayuno, y renunciando por su parte á tomar café ni chocolate por temor de ser ella misma la primera en causar grave daño al vistoso y rico vestido.

Con esto hubimos de tomar el café con prisa,

abrasándonos el gaznate, bien que todos hicimos gustosos este sacrificio para complacer á la elegantísima dama, en quien se fijaban las miradas de los transeuntes, que, seguramente, no habrían visto hasta entonces tan de mañana señora de tal porte. Cuando nos levantamos, D. Gumersindo dijo con aire misterioso:

—¿Saben ustedes lo que les digo?.....

—¿Qué, papá?.....

—¿Tienes alguna idea, papá?

—¿Qué te pasa, hombre de Dios?

Así le preguntaron las hijas y la madre con curiosidad.

—¿Ha observado usted—le pregunté—algo notable?

—Nó, señor, lo que les digo á ustedes es que me parece que me van á apretar las botas.

Y en aquel punto me arrepentí de haberme ofrecido á servir de guía á la interesante familia en el paseo por la Exposición, porque ¿á dónde voy yo—me preguntaba—con una mujer tan preocupada de su vestido nuevo, y con un hombre á quien le van á apretar las botas?... De buena gana les hubiera dado esquinazo desde luego, pero me reservé realizar este propósito dentro de la Exposición, donde la aglomeración de la gente me proporcionaría ocasión propicia de escabullirme.

La mañana era deliciosa; estaba nublado y no se sentía calor. Presentación, siempre pensando en la integridad de su vestido azul, nos manifestó la conveniencia de ir á pié hasta la Exposición. En vano

expuso D. Gumersindo su temor de que en calentándosele los pies, las botas nuevas se los oprimirían de tal modo que le harían ver las estrellas. Su mujer excitóle á desechar semejantes aprensiones, y le demostró que le convenía mucho hacer ejercicio, de suerte que el hombre se resignó y pareció convencerse y echó á andar como si tales botas no llevara.

En la calle de Rívoli tuvimos, ó mejor dicho, tuvo la familia Espinilla un encuentro felicísimo, según las demostraciones de gozo que Presentación, sus hijas y el mismo D. Gumersindo hicieron. El médico D. Simón de la Escama, su señora y sus hijas iban también á la Exposición. Las cuatro muchachas son amiguísimas, según la expresión de una de las del médico; éste es íntimo de D. Gumersindo, y las dos señoras mayores son también muy amigas, aunque, por lo que pude observar, puesto que en sus mismas exageradas demostraciones de afecto noté ciertas reticencias y frases intencionadas que no de satisfacción, de cordialidad y cariño, sino de envidia y despecho parecían.

El médico D. Simón es un tipo conocidísimo en Madrid por lo que hablan de él los periódicos todos los días, y si fuera tan diestro en su oficio como en el manejo del bombo y el reclamo, seguramente sería una notabilidad. Yo no le he llamado jamás en mis días de enfermo, que no han sido pocos, y por consiguiente libreme Dios de negar ó poner en duda la profundidad y extensión de sus conocimientos, que desconozco; pero no me pondré en sus manos, porque sé que tiene

una afición terrible á operar, acaso porque esto de las operaciones es lo que más se presta al bombo. No se lleva á los periódicos un suelto para hacer saber al mundo que el médico D. Fulano ha asistido á D. Zutano en un cólico, ó en unas tercianas, ó en una gastritis, logrando que el enfermo se encuentre ya muy mejorado, porque esto no interesaría al lector, y el bombo parecería ridículo; pero cuando se publica que el doctor X ha extraído un tumor de treinta kilos de peso de la espalda de un distinguido hombre político, ó ha abierto en canal y vuelto á cerrar luego á la suegra de un coronel mejicano, que la trajo de aquel remoto país precisamente para que la operase el doctor X, la emoción y el interés, el asombro y la admiración del público, alcanzan proporciones extraordinarias, y la fama del doctor que tales prodigios obra llega hasta la última aldea á donde llega *La Correspondencia*. Pues ese doctor X es el amigo de D. Gumersindo, un hombre implacable en su calidad de médico, que le mira á usted de una manera particularísima, con una terrible curiosidad quirúrgica, si así puede decirse, que le hiela á usted la sangre en las venas, porque no parece sino que está pensando: «¿Qué le cortaría yo á este hombre?»

Don Gumersindo me presentó á su amigo, que se alegró mucho de conocerme personalmente, y al llegar á la plaza de la Concordia me preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que tiene usted ese grano en la oreja?.....

Instintivamente me llevé la mano á la parte señalada, temiendo que me la quisiera rebanar, y le contesté:

—Este grano es de nacimiento, y me va muy ricamente con él.

—No hay que fiarse, amigo mío —replicó.—El mes pasado operé á un rico propietario andaluz que tenía uno igual hace mucho tiempo, y no hacía caso. Gracias á mí vive. Ya habrá usted leído en los periódicos la noticia de esta operación.

—¿Y le cortó usted la oreja?.....

—No toda, una mitad solamente, y ahora ni se le conoce siquiera. Se ha adelantado mucho en esta materia, y todo lo que se corta se sustituye ventajosamente. Si todos los que tienen algo defectuoso en su persona se dejasen operar, crea usted que ganaría mucho la estética de la humanidad. Todas las imperfecciones físicas puede corregirlas la cirugía. En volviendo á Madrid publicaré, ya lo ha anunciado *La Correspondencia*, un opúsculo explicando con toda claridad mi sistema, y demostrando que con su aplicación se extinguiría la fealdad humana. Todos los feos que se prestasen á las correcciones quirúrgicas serían, si no unos Adonis, personas regularcitas de cara, vamos, gente de recibo.

—¿Es decir que no habría feos ni feas?

—No habría más que feos, como si dijéramos, voluntarios, que serían los que no quisieran someterse á la operación. Créame usted, ojos extraviados, narices largas ó romas, bocas desmesuradas, orejas des-

comunales, todo tiene arreglo y enmienda. El hombre y la mujer son muebles que admiten y resisten muchas composturas. Y con esto sólo me resta ofrecer á usted mis servicios como corrector de la Naturaleza y restaurador de la especie.

Habíamos llegado al famoso puente de la Concordia que recuerda tan memorables sucesos al que conoce un poco la historia de la gran nación, y súbitamente obscureció el cielo y comenzó á caer una lluvia menudita al principio, más fuerte luego y torrencial por último.

—¡Ay mi vestido!—exclamó con acento desgarrador la magnífica D.<sup>a</sup> Presentación.

Todos acudimos á ella cubriéndola con los paraguas, formando un grupo de efecto teatral, como los que forman al final de un bailable las figurantas en torno de la primera bailarina. Poco después el sol rasgó las nubes, como dicen los novelistas, y cerramos los paraguas, quedando la atribulada señora hecha una sopa. La multitud era ya muy considerable en aquel sitio. Pasaba, precedido de batidores, en un carruaje muy majó, el Shah de Persia, y mientras la gente de París, más novelera y curiosa que la de ninguna parte del mundo, se atropellaba para ver la carátula del guasón y amable soberano que á poco de subir al trono de sus mayores despabiló á toda su familia, aproveché tan buena coyuntura para separarme de las de D. Gumersindo y del médico reformador, y recobrar mi libertad,

IX.

DONDE VUELVÓ Á ENCONTRAR Á D. GUMERSINDO.

Confieso que me remordía, aunque no mucho, la conciencia por haber huído, aprovechando la confusión, de la familia Espinilla, á la que había prometido servir de guía en el laberinto de la Exposición. Siempre es cosa grave faltar á una promesa; pero atenúa mucho mi falta y mis escrúpulos la consideración de que yo no había contado con el magnífico y manchadizo vestido azul de Presentación, ni con las botas estrechas de D. Gumersindo, que hacían de él, bien á pesar suyo, un sér enojoso y pesado, que se consolaba jurando y votando y maldiciendo, ni con que se nos agregara el cirujano sanguinario que, según todas las señales, tenía descompuesto más de un tornillo de su cabeza, pues si hubiera sospechado la existencia de todos estos inconvenientes nada habría prometido.

Seguí, pues, á buen paso mi camino hacia la Exposición, y entré en la Esplanada de los Inválidos, curioso de volver á admirar á mi sabor las maravillas con que aquellos diablos de franceses han atraído á París el dinero de todo el universo. Pero quiso la casualidad que hallara en mi paseo muchos individuos de por acá, á quienes veo indiferente cuando los encuentro en las calles de Madrid, y paso de largo, saludándolos cortésmente, y allí no me contentaba con esta demostración de buena crianza, sino que con

todos había de cambiar algunas frases. ¡Qué bien le sentaba el luto á la viuda de Pajarete, el millonario fallecido al principio de la primavera! Me la encontré de manos á boca en medio de aquel bullicio internacional, cuando me la figuraba retraída de toda comunicación con la sociedad, llorando al difunto, que le ha dejado, por cierto, muy buenos cuartos. Y no iba sola, nó: la acompañaba aquel chico de las de Garrotillo, que era su novio en el momento histórico en que dió ella con el *becerro de oro*, según llamaba su madre al incauto que la tuvo por suegra.

—Me moría de tristeza en Madrid—me dijo;—pero he venido contra mi voluntad, á la fuerza, porque mamá me trajo engañada.

—Ha hecho muy bien la excelente señora—le dije—porque este espectáculo incomparable es, á la verdad, eficacísimo remedio contra la melancolía. Aquí se distrae el ánimo más apenado, se recrea la vista y se ensancha el corazón. Usted se curará de su melancolía. ¿Y la mamá, no ha venido á la Exposición?

—Hoy tiene jaqueca y se ha quedado en la fonda; pero se empeñó en que viniera á distraerme un poco, y este amigo, que casualmente está en la misma fonda, me ha acompañado, porque mamá se lo dijo... Ustedes se conocen ya, supongo.....

—Sí, señora, conozco á este joven desde que nació. Su padre, D. Venancio Garrotillo, fué el primero que usó el *carrik* en Madrid cuando vino esta moda de Inglaterra á las sastrerías de la calle de la Cruz.

Era un buen mozo, y llamaba la atención en la corte por las patillas. Entonces era soltero y tenía fama de gran conquistador de corazones. Es en lo único que se parecerá este joven á su padre.

El Garrotillo, que es todo un mono, hace una mueca de satisfacción entornando los ojillos, y la viuda de Pajarete se despide con una sonrisa melancólica.

No he dado cuatro pasos, y oigo una voz de mi tierra, que dice casi á mi oído:

—¡Señorito!.....

Vuelvo la cabeza, y veo á una de las mujeres más guapas y airosas de los tiempos presentes, hija nada menos que de una de las personas que han contribuído con mayor empeño á extender y generalizar la afición á la lectura en España. Y no es esta persona ningún académico espetado y presuntuoso, ni ha sido ministro de Fomento, ni director de Instrucción pública, ni socio de la Económica, ni siquiera diputado: fué sencillamente uno de los primeros y más beneméritos vendedores de mi periódico *El Cascabel*, el señor Pepe, un hombre que hizo un capitalito vendiendo periódicos, y obteniendo un premio de la lotería, y luego puso en el Rastro una tienda de cofres, y á su hija Maruja la casó con *el Romo*, un banderillero muy salado, perteneciente á la cuadrilla de uno de los *astros* de primera magnitud en la esfera, ó, mejor dicho, en el *ruedo* del arte. Yo conocí niña á la hija, y asistí á su boda, que se celebró en el Vivero, una boda con muchos pañuelos de Manila, y mucho cabrito, y

mucha coleta, y en la que no se sabía qué admirar más, si la hermosura y gallardía de la novia ó la enorme cabida del estómago del padre, que aquel día se bebió seguramente una bodega entera de Valdepeñas.

—¿Tú en París, Maruja?—le pregunté, alegrándome de encontrar la más genuina representación de la sal y pimienta de las hijas de Madrid.

—Sí, señor, aquí me tiene V. para servirle. He venido con el alhaja de mi marido, que ha venido—¡ojalá no hubiera venido!—á torear ahí en la Plaza esa de la calle del *Perro ese*, ó como se llame, que nunca lo sé decir.

—De Pergolesse, querrás decir.

—Eso, sí, señor.

—¿Y qué, le ha sucedido alguna desgracia? ¿Le ha cogido el toro?

—¡Quiá! no, señor, el toro no le ha *cogio*... ¿No ve V. que son *corrias* de camama, *por mor* de esos guasones que dicen que protegen á los animales y luego comen de principio carne de caballo? Pero si el toro no le coge, ¡hasta *mardita* sea su estampa! la *der* toro digo, le cogen las señoritas esas de los sombreros y de los moños y del *ente para un ojo* que van á la plaza, y algunas son unas *tiuchas*, aunque me esté mal el decirlo.....

—¿Y cómo sabes tú que tu marido anda en malos pasos?

—Sí, señor, que lo sé, que le van á buscar al mismo *mesón* donde vivimos; ¿no es *mesón* como se lla-

ma aquí á la casa? y le dejan tarjetas y hasta esquelas que apestan á *pacholi*—¡qué asquerosidad!—y una le envió esta mañana un ramito de flores, y del *borsiyo* de la chaqueta le saqué el otro día tres retratos de tres tías *deslabazás*..... ¿Y sabe usted qué me dijo?..... Que eran retratos de tres cómicas que *espicharon* hace mucho tiempo. ¡Y yo, en seguida á creérmelo!..... En fin, D. Carlos, ¿cómo se habrá *guiyao* el hombre en París, que se ha *comprao* un *fraque*, y un chaleco y un sombrero de esos que se estiran y se encojen, y su corbatín blanco? Y por las noches se viste con esa vestimenta, y dice que va á casa del *Menistro* y del *Perfeto*, que no sé quién es, ni si es *melitar* ó cosa de iglesia ó de orden *público*, y *úrtimamente* que desde que me trajo á París, ni tengo sosiego ni marido, ni sé lo que me pasa. Y va usted á ver que el *chavó*, con la vida que trae aquí, ni *pa torear* va á quedar, si se descuida un poco, y en volviendo allá, en una *corria de verdá* me le trinca el toro, porque estará el hombre pensando en las cómicas esas, y en fin, que estoy muy *astigia* y muy *aborrecia*, y hoy he venido á la Exposición porque me dijo el *Chopa*, que es un *maleta* que le ha traído el *maestro pa* que se gane uno, dos ú medio, que esta mañana vió á mi *mario* con una francesa, al parecer, en una *manuela*, y vengo *decidia*, si la encuentro con él, á cogerla por el moño, tirarla al suelo, levantarla las *fardas*, quitarme un zapato y crujirla á azotes, y que lo vea todo el mundo desde

esa torre que han hecho imitando á la que hicieron en Madrid en la calle del Ave María, que mi padre contribuyó, por cierto, con treinta reales para pintura.

—Vamos, cálmate, y no seas recelosa y maliciosa. Tu marido es una buena persona, y te quiere, como lo prueba habiéndote traído con él á París.

—Me ha traído porque me *nesecita* para que le vista y le *aplanche* y le cosa, porque es muy señorito, y conmigo tiene una criadita fiel..... Y si yo no fuera tan *honrá* como soy, á estas horas puede que estuviera ya en Londres ó en Rusia, porque de los *güespedes* del mesón, más de dos, y de cuatro y de cinco, me han querido *camelar*, y el otro día tuve que atizarle una *guantá* á uno, sueco él, según me dijo el *Chopa*, que *tó* lo sabe, que me fué á tocar la cara y me enseñó un *borsiyo* que tendría lo menos medio millón en oro.

—Buen bolsillo, hija.

—Sí, señor, lo menos había eso: y ahí ha venido un rey mulatillo, de allá muy lejos, con su capa de seda, y á modo de un plumero por la cabeza, poco vestido el sin vergüenza, pero con sus *purseras* y sus aretes; y la otra tarde en la Plaza estaba en una butaca á mi *vera*, porque él es muy llano, y no hacía más que darme con el codo y mirarme de reojo, que si llega á no ser rey, también le sacudo en *público*, y daba unos resoplidos como un mulo, que el *Chopa*, que estaba conmigo, me dijo que eran suspiros á la moda de su país.

En esto llegó el *Chopa*, un torerillo incipiente, pero muy listo y bien parecido, que trajo á la celosa la noticia de que el marido acababa de entrar en la torre con una señora *á mó* de una duquesa, y que de fijo habría subido con ella en aquel cajón con ruedas que sube y baja sin saber cómo.

Y allá se fué la torera con el *adlátere*, que me parece un pillo redomado, y debe dar más cuidado al famoso banderillero que los suecos, los rusos, los ingleses y los reyes poco vestidos, como el que en la Plaza de toros suspiraba berreando junto á la bizarra Maruja.

Acababa de separarme de esta buena moza, y ví venir con majestuoso continente, y con una gran cruz encarnada sobre el pecho, al Vizconde del Clavodoro, un hombre importante, que es una insignificancia, y, sin embargo, pertenece en la Corte á todas las Juntas de todos los ramos que necesitan Junta directiva, á todas las Congregaciones y á todos los Institutos y á todas las Sociedades sabias. Este hombre, tan aficionado á juntas, sólo no se junta con su mujer, que, cuando vivían juntos, le pegaba, y al fin una noche le echó de casa como á un mal servidor. El público francés mirábale con admiración y asombro, porque para nuestros vecinos una condecoración vistosa es uno de los mayores atractivos.

A muy pocos pasos, halléme con D. Lucas de la Garra, prestamista que ha introducido en tan vasto y *basto* ramo de la industria la de dar dinero sobre mue-

bles *sin retirar*, sobre coches y caballos, y está haciendo un negocio loco. Ya no se hipotecan solamente la fincas urbanas ó rurales, sino que, en este desahogado afán de gastar más de lo que se tiene, y no temiendo nada hombrearse con los que tienen mucho, se toma dinero sobre los muebles, sobre las alfombras, sobre la vajilla, sobre todo, aunque en algunos casos no se ha pagado, obligándose á satisfacer un rédito enorme que engorda al prestamista de una manera prodigiosa. El mismo me dió estas noticias acerca de su negocio, diciéndome que sólo había ido por cuatro días á París, por no poder abandonar más tiempo su casa y las operaciones de préstamo, que son una mina de inagotable filón. Y no había ido precisamente á ver la Exposición, porque á él le importa poco el progreso de las ciencias y las artes y las industrias que no tienen conexión alguna con la suya; había ido en busca de cierto gran señor, en la apariencia, que le ha hecho una de esas jugarretas de que suelen ser víctimas los más empedernidos y más desconfiados entre los que se ocupan en esos asuntos, haciendo su fortuna á costa de la imprevisión, de la vanidad, de la locura ó de la desgracia del prójimo. El hombre no había sacado por el momento gran provecho de su viaje, únicamente buenas palabras, y la seguridad de reintegrarle el deudor en su dinero en cuanto realice el plan que trae entre manos de casarse con una viuda brasileña muy fea, y entrada, ó mejor dicho, salida de muchos años,

dueña de gran caudal y enamoradiza y pegajosa á más no poder.

Otras muchas personas de Madrid, más ó menos insignificantes, encontré en aquellos jardines, y en los restaurants y en los diversos edificios, y pensando iba dónde se habrían metido las familias de Espinilla y del Doctor, cuando me llamó la atención el grupo de un cristiano abrazando á un moro, en rededor de los cuales se agrupaba la gente curiosa. Acerquéme, y con asombro ví que el cristiano era el propio Espinilla, y el moro un vendedor de zapatillas y babuchas, que haciendo ante D. Gumersindo profundas reverencias se alejó.

—Pero D. Gumersindo—le dije—¡un hombre como usted abrazando á un infiel!.....

—Sí, señor, sí; usted no sabe lo que debo á ese apreciable mahometano. Entre los cristianos no he hallado un alma caritativa que me alivie en estas horas de martirio..... Mi mujer, mis hijas, el médico D. Simón, á quien tantas visitas he pagado en Madrid, me dejaron abandonado hace cuatro horas, porque yo no podía andar con aquellas maldecidas botas..... El médico no tuvo más consuelo para mis quejas que proponerme cortarme los pies y ponerme unos postizos de su invención. Por suerte ví al moro que acababa de abrir allí enfrente su despacho de esencias, zapatillas y otras preciosidades; le llamé, nos entendimos, porque es un moro de los más ilustrados, que habla español, y por mis botas nuevas me ha dado estas

babuchas en que ahora descansan mis pies, evitándome la congestión cerebral que me hubiera hecho caer redondo.

—¿Y la señora y las niñas?—le pregunté.

—Pues el médico se empeñó en llevarlas á ver la exposición de piezas anatómicas, esqueletos articulados, figuras de cera representando las enfermedades de la piel, úlceras cancerosas, gangrenosas, pólipos, tumores, y una colección magnífica de aparatos é instrumentos para amputaciones y todo género de operaciones quirúrgicas. Pero yo no las espero. Les dije que en el hotel nos hallaríamos, porque me proponía salir y tomar un coche; mas al llegar aquí me encontré en la imposibilidad de sostenerme en pié, y me senté en el banco dispuesto á no moverme más en el resto de mi vida, si no me sacaban en brazos ó en un carretón. El moro me ha salvado. Alá se lo pague, aunque las botas nuevas que se ha llevado valen más que las babuchas que me deja.

Felicité á D. Gumersindo y me ofrecí á acompañarle, puesto que ya podía andar con desembarazo, y en verdad que pasamos muy bien el día, sin que al hombre le preocupara poco ni mucho pasearse en zapatillas con la media luna dorada en la parte superior de cada una. Por suerte, la gente en la Exposición, contemplando aquel conjunto de preciosidades, elevaba la vista y no la bajaba al suelo, y nadie reparó en el extraño calzado de mi amigo.

Hízome D. Gumersindo sus confidencias. En los

pocos días que llevaba en París había gastado más de seis mil duros. Las francesas que fueron sus compañeras de viaje le habían sacado cinco mil francos, y la pretendida marquesa de la rue d'Estrees, otro tanto, y lamentaba con amargas reflexiones que tan caro le hubiera costado el conato de enamoramiento, bien que confesaba sinceramente que había recibido *justo castigo á su perversidad* tardía. La deleitosa armonía conyugal considerábala para siempre perdida, porque D.<sup>a</sup> Presentación, si no tenía noticia exacta de la importancia de la suma tan malamente empleada, y ojalá no descubriera nunca este secreto, demasiado comprendía que el que fué sumiso, y á ratos tierno compañero, había pecado mucho, de intención por lo menos, en aquel París, abriendo más de lo regular los ojos, habituados antes á verla á ella sola, y que ya la miraban con enojo ó con hastío, señal indudable de pecaminosos pensamientos. Procuré calmar al perturbado padre de familia, exponiéndole mi opinión de que, en regresando á Madrid, se tranquilizaría su conciencia, pareciéndole un sueño todo lo visto y sentido y deseado en París, y así no tardaría en restablecerse en el hogar la dulce paz, que es la más preciada ventura de todo matrimonio viejo. Convino conmigo en todo, menos en lo de la vejez, asegurándome D. Gumersindo que sentíase todavía capaz de las más altas empresas galantes, y no renunciaba á volver á París, pero solito, para divertirse á su sabor, con lo cual no me quedó ninguna duda de

que mi amigo ha contraído en la vecina República una *chifladura* de las más características y difíciles de curación.

X.

CONCLUSIÓN.

Regresaron á Madrid Espínilla, su mujer y sus hijas. D. Gumersindo, que hace más de cuatro años dejó de ser concejal, y puede por consiguiente, según la ley, volver á serlo, anda ahora muy afanado preparando el triunfo de su candidatura, y me ha leído el manifiesto que va á dirigir á sus electores, en el que afirma que en *sus recientes viajes por el extranjero* ha estudiado muchas mejoras en todos los ramos en que entienden los Municipios, y que si recibe la honrosa investidura de concejal, pondrá todo su empeño en que Madrid supere á París en todo y por todo.

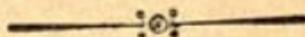
Doña Presentación y sus hijas lucen en paseos y teatros las galas compradas en París, y no hablan de otra cosa que de París. Ellas, en puridad, no han visto en París más que unas cuantas tiendas, y en la Exposición la torre Eiffel, y las piezas anatómicas y los instrumentos quirúrgicos que les hizo contemplar el médico D. Simón; pero cuando se las pregunta algo de la Exposición, mienten con la mayor serenidad, exponiéndose á planchas morrocotudas.

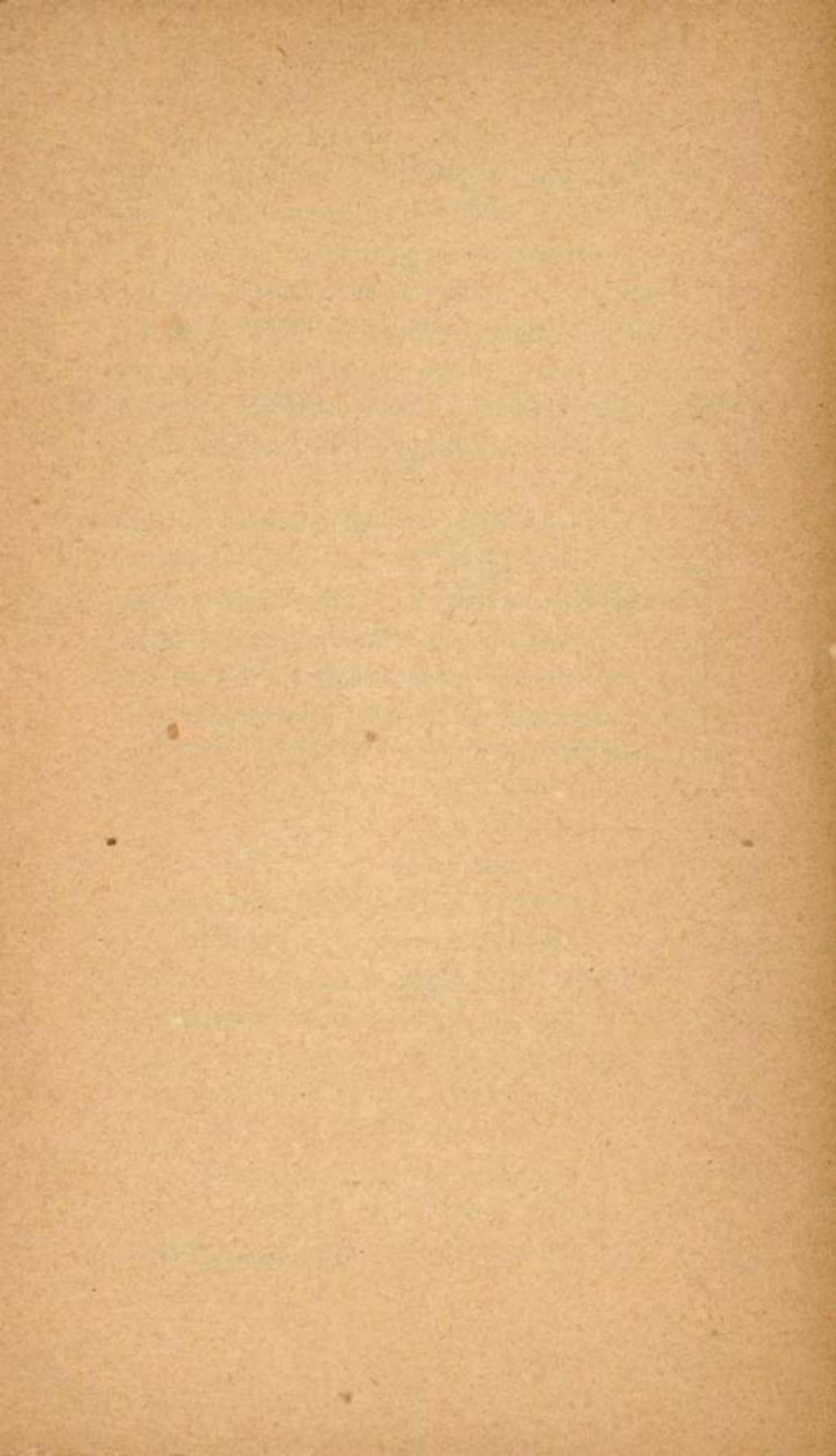
—¿Qué hallaron ustedes notable en el pabellón de los *pastelistas*?—les preguntaba la otra noche un inteligente aficionado al arte de la pintura.

—¡Ah, los pastelistas!—contestó la mayor de las niñas—deliciosos, deliciosos los pasteles con vainilla, yo me comía tres de los más grandes. Todos los días íbamos al pabellón de los pastelistas.

Este y otros dislates en que incurrian D.<sup>a</sup> Presentación y sus hijas hablando de París y de la Exposición, excitaron en mí, que las quiero bien, profunda conmiseración, y como tengo confianza con ellas, el otro día, que las pillé solas, me permití esta advertencia:

—Me parece, amigas mías, que conviene á ustedes mucho no hablar más de su viaje á París, porque ya les he oído tales errores y hasta falsedades á propósito de la Exposición, que si no tuviera evidencia de haberlas visto por mis propios ojos en el Campo de Marte, creería que no habían ustedes pasado de Campo del Moro.





# ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria. . . . .	5
BARCELONA EN 1888.. . . .	9

## PARÍS EN 1889.

### *La Familia Espinilla.*

I.—A París.. . . .	99
II.—El viaje. . . . .	112
III.—En San Sebastián.—En París.. . . .	124
IV.—D. Gumersindo y familia. . . . .	133
V.—En la Torre Eiffel. . . . .	144
VI.—Seres felices. . . . .	152
VII.—Españoles en París. . . . .	161
VIII.—Más españoles en París. . . . .	173
IX.—Donde vuelvo á encontrar á D. Gumer- sindo.. . . .	181
X.—Conclusión.. . . .	192



1017721

010